

INVESTIGACIONES Y ENSAYOS

Volumen 78

Diciembre 2024

Dossier

Historiadores y escritos autobiográficos: vínculos, lecturas, préstamos, influencias. Argentina, Paraguay, Uruguay

Coordinadores: Liliana M. Brezzo, Tomás Sansón Corbo

Artículos

Andrés G. Freijomil - María
Gabriela Micheletti y Liliana
M. Brezzo y Tomás Sansón
Corbo



ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA
Buenos Aires
Argentina

La flor azul de los historiadores

Egohistoria y autohistoriografía a partir de
Francia, Alemania y el mundo angloamericano

The Blue Flower of Historians

Egohistory and Autohistoriography from
France, Germany and the Anglo-American World

Lo que aquí ofreceremos es una somera reflexión sobre la emergencia y persistencia de la “egohistoria”, concepto que, si bien proviene de la tradición francesa, lo utilizaremos para referirnos a toda autobiografía que haya sido escrita por un historiador. La expansión de este fenómeno suele datarse a partir de los años 1970, pero lo cierto es que se trata de un inicio engañoso pues no todas las tradiciones lo han experimentado con igual acento ni en el mismo momento, de hecho, muchas de ellas cuentan con precedentes egohistóricos dispersos y muy tempranos. Si bien es verdad que, a partir de la siguiente década, se observa una producción de egohistorias cada vez más copiosa y frecuente –que, sin duda, los Essais de ego-histoire lanzados por Pierre Nora en 1987 han contribuido a impulsar–, entendemos que no sólo ha sido el modelo francés el que ha habilitado y precipitado esa expansión, sino, particularmente, una serie de “giros” epistemológicos que decantará, a la postre, en lo que Christopher Lasch ha designado en 1979 como “cultura del narcisismo”. Para ello, partiremos, sin ninguna pretensión de exhaustividad ni tampoco ahondar en las prácticas autobiográficas en sí mismas, de una serie de precedentes generales de las tradiciones francesa, alemana y angloamericana para lo cual tomaremos sólo aquellas coyunturas intelectuales directamente relacionadas con las autobiografías de historiadores y, en segundo término, mediremos, por así decirlo, el pulso de aquellos “giros” que, a partir de los años 1970, presuntamente potenciaron la publicación de este género.

Egohistoria – Autobiografía – Francia – Alemania – Cultura angloamericana

*What we will offer here is a brief reflection on the emergence and persistence of “egohistory”, a concept which, although it comes from the French tradition, we will use to refer to any autobiography that has been written by a historian. The expansion of this phenomenon is usually dated from the 1970s onwards, but the truth is that this is a misleading beginning, since not all traditions have experienced it with the same emphasis or at the same time; in fact, many of them have scattered and very early egohistorical precedents. Although it is true that, from the following decade onwards, an increasingly copious and frequent production of ego-histories can be observed - which, without doubt, the *Essais de ego-histoire* launched by Pierre Nora in 1987 helped to boost - we understand that it is not only the French model that has enabled and precipitated this expansion, but particularly a series of epistemological “turns” that will ultimately lead to what Christopher Lasch designated in 1979 as the “culture of narcissism”. To this end, without any pretense of exhaustiveness or delving into autobiographical practices *per se*, we will start from a series of general precedents in the French, German and Anglo-American traditions, taking only those intellectual junctures directly related to the autobiographies of historians and, secondly, we will measure, so to speak, the pulse of those “turns” which, from the 1970s onwards, allegedly boosted the publication of this genre.*

Egohistory – Autobiography – France – Germany – Anglo-American Culture

“La anti-autobiografía implica no sólo escribir una autobiografía, una práctica sorprendentemente habitual, sino también hacerlo para superar la presunción y la lascivia del género, frustrando el propio afán de exhibición personal y el deseo del lector por ingresar a nuestra vida interior”. Para Terry Eagleton, quien no es historiador aunque ningún aspecto de la disciplina histórica le haya sido ajeno (de hecho, E.P. Thompson formó parte del tribunal en su defensa de tesis doctoral), la autobiografía es un indudable acto de vanidad que, cuanta mayor resistencia le oponemos, más logra seducirnos, un anzuelo cuya única llave es capaz de abrir, pero también de cerrar, las puertas de nuestro yo imaginado. Con todo y más allá de recordar su trabajo como guardián de un convento de monjas carmelitas cuando tenía diez años, lo que Eagleton buscaba con esa frase no era sólo justificar la singular custodia de sí que opera en sus propias memorias, tituladas precisamente *El portero*, sino también advertirnos que las autobiografías no deben tomarse demasiado en serio y que olvidar sus contradicciones congénitas nunca será un acierto¹. Y tal es la contrariedad que anida en los historiadores cuando deciden incursionar en ellas, ya sea a través de memorias, recuerdos o crónicas, pero también cuando traducen su vida en una copiosa correspondencia o en un diario personal que presumen algún día publicables. ¿Qué tipo de urgencia los asalta cuando resuelven empeñarse en semejante esfuerzo y qué lo origina? ¿Una crisis? ¿Una apoteosis? ¿Cuentan con algún ánimo trascendente o bien todo se reduce a una simple batida de reconocimiento público? Cualquiera sea la respuesta, sus miras deben comparecer, al igual que en todo escritor, entre las fauces del idealismo y el pragmatismo.

DE LA AUTOBIOGRAFÍA A LA EGOHISTORIA

Más allá del incierto control de una versión autorizada de sí mismos, los historiadores, como el *Heinrich von Ofterdingen* de Novalis, también quieren encontrar aquella flor azul entre las tinieblas de un jardín oculto por árboles de bronce. Divino o endiablado, irremediablemente opresivo, prófugo del olvido y turbado frente al asedio de la autoficción involuntaria, cuando el sueño de su yo lo incita a reconstruirse, cuenta con la ventaja de trabajar con la materia que mejor conoce, el tiempo, pero a cuya traición le teme. Arrojarse al océano de su propio pasado en busca de aquella flor también implica convertir la memoria en una experiencia rediviva luego de asumir el despiadado límite que impondrá la muerte, aquella con la cual deberá negociar cuando dialogue, nuevamente, con los que ya no están. Tras haber perseguido la verdad o una verdad en tierras extrañas a lo largo de toda una vida, el historiador, convertido él mismo en fuente de primera mano, también deberá enfrentarse al descubrimiento de otro yo que ya nunca regresará. Sin embargo, diluido el confín entre sujeto y objeto para una misma representación, ¿qué le ocurre cuando cree haber encontrado la flor de Novalis? Eagleton optó por un relato lleno de ironía sobre sus orígenes católicos y obreros, su paso por la universidad o su filiación marxista, casi como un antídoto para mitigar cualquier atisbo de falsa conciencia. Pero por fuera de su valor como testimonio histórico o como insumo para una historia social e intelectual de la historiografía, ¿qué podría brindarle al lector, inclusive al profesional de la disciplina, el relato autorreferencial de una vida dedicada al pasado? ¿Constituir un modelo? ¿Ofrecer un ejemplo normativo? ¿Objetivar el lugar que ha ocupado en la ciencia histórica? ¿Conocer los secretos de su investigación? En realidad, todo depende de las garantías que le demos a la autobiografía como género, cualquiera sea quien la firme, pero también al género biográfico como tal, un crédito que no todas las tradiciones culturales le han otorgado del mismo modo.

Un género fugitivo

“La historia de vida es una de las nociones de sentido común que han entrado de contrabando en el discurso académico” (1989, 27). Con esta frase lapidaria, comienza uno de los descréditos más perdurables hacia la biografía que se han ofrecido en las ciencias sociales. En efecto, con su célebre artículo “L’illusion biographique” (1986), Pierre Bourdieu sosténía que aquella pretendida operación de subjetividad integral y prefigurada era harto ilusoria, veredicto que también hacía extensivo a la autobiografía, un apotegma que repite en una de las versiones previas a la edición definitiva de *Autoanálisis de un sociólogo*: “Esto no es una autobiografía. El género no me está vedado por el mero hecho de haber (d)enunciado la ilusión biográfica. Me resulta profundamente antipático. La mezcla de aversión y temor que me ha llevado a desanimar a varios “biógrafos” se inspira en razones que asumo legítimas” (2006, 11). Sin embargo, más allá de cualquier advertencia, esa obra es plenamente autobiográfica y comparte más de un rodeo retórico con las memorias de Eagleton: a fin de cuentas, por muy personales que resulten sus narrativas, ambos se han rendido ante el género. Si bien, por supuesto, esta aversión de Bourdieu no significa que rechace el pasado (buena parte de su obra está arbitrada por un trabajo histórico, de hecho, la anamnesis, el habitus y la teoría de los campos resultarían incomprensibles sin su vocación genealógica), lo cierto es que, al acentuar el fallo en esa pretendida imagen de integridad y anticipación, Bourdieu tampoco libera al discurso histórico de semejante trampa. Actualmente, ya es un tópico decir que la búsqueda de un relato total y teleológico no cuenta con ningún sustento en la historiografía (sobre todo, desde que los defensores del postmodernismo lo convirtieron en una supuesta prueba para invalidar las posibilidades de reconstrucción de una verdad histórica), pero tampoco cabe duda de que, tanto en los hechos y actores investigados como en el historiador que los escoge, siempre merodea el fantasma de lo inevitable, el arrastre de decisiones que, azarosas o no, reorientaron un camino presuntamente abierto de posibilidades.

En todo caso, más allá de los útiles reparos que prescribe Bourdieu (y cuyo *dictum* ha sido acatado literalmente puesto que, al día de hoy, nadie ha osado escribir su biografía), esa sospecha tan exacerbada tampoco dejaba de inscribirse en una tradición francesa que siempre había dudado del género biográfico y autobiográfico². Es como si, cual tutela para ese universalismo imaginado que se marchaba para siempre, el mundo intelectual francés hubiese optado por equiparse frente a cualquier intrusión del sujeto inalienable y para lo cual encontró, conforme avanzaba el siglo XX, un sucedáneo de rodeos que Frédéric Worms traduce como los tres momentos que vocalizaron su historia secular de la filosofía: “espíritu”, “existencia” y “estructura” (2009). Pero esa tutela también funcionaba como reacción ante aquella marca de fábrica del siglo anterior tan exportable, historicista y muy francesa como *l’homme et l’œuvre* (de un Saint-Beuve, de un Lanson) y de la cual tampoco debía quedar ningún rastro³. Lo interesante del caso es que Bourdieu lanzaba aquella diatriba cuando esa desconfianza general estaba dando un giro significativo tras aquella centenaria militancia. De hecho, cuando publicó aquel artículo en su revista *Actes de la recherche*, hacía más de una década que Philippe Lejeune venía revolucionando la concepción de la autobiografía con *L’Autobiographie en France* (1971), *Le Pacte autobiographique* (1975) y *Je est un autre* (1980), dando así una fuerte sacudida a tales reservas y asegurando su paulatina legitimidad. Sin embargo, tampoco convendría hacer de la visibilidad que han construido figuras tan hegemónicas como Bourdieu o Lejeune el marco único y necesario para sopesar esta tradición.

Sería injusto no recordar aquí que un epistemólogo como Georges Gusdorf ya había instalado en 1948 la cuestión del yo (y, de forma aún transversal, la narrativa autobiográfica)

con su tesis doctoral *La Découverte de soi*, dirigida por Gaston Bachelard. A decir verdad, toda su obra podría leerse como una celebración de la autobiografía tras el trauma que sufrió bajo la guerra durante un lustro de cautividad en Lübeck. Gusdorf es recordado, sobre todo, por una monumental historia de las ciencias humanas en trece volúmenes que publicó a lo largo de tres décadas, pero, en los años 1960 y 1970, su impresionante erudición se vio de pronto acorralada por un mundo que le resultaba cada vez más ajeno. Renuente al estructuralismo y el marxismo, su obra terminó sitiada por una escena intelectual cautivada con la arqueología de las ciencias humanas de Michel Foucault (quien, no obstante, preparó su *agrégation* con el propio Gusdorf). Dirá más tarde con amargura, “Ninguno de mis volúmenes ha sido un best-seller honrado por el bullicio de los medios masivos, ni ha tenido la recepción triunfal de *Las palabras y las cosas*, publicado en 1966, seis años después de mi *Introduction aux sciences humaines*” (2002, 205). Pero otro recelo no menor contribuyó a su derrota: la tradicional renuencia francesa hacia una historia de las ideas al estilo de Arthur Lovejoy (muy similar a la que Gusdorf practicaba), así como también hacia una filosofía de la vida de corte alemán y diltheyano (la cual, pese a los esfuerzos de Raymond Aron por introducirla a fines de los años 1930, nunca logró establecerse completamente en suelo francés)⁴. Si bien Gusdorf no abandonó el combate y protagonizó lo que algunos leyeron como una nueva querella de Antiguos y Modernos (se llegó a hablar de Foucault como un “anti-Gusdorf”⁵), la cruzada estaba perdida de antemano. Es cierto que Georges May en su pequeño tratado sobre la autobiografía publicado en *Presses universitaires de France* en 1979, consideraba “fundamentales” sus trabajos sobre la cuestión, pero su voz provenía de otra parte. May había nacido en París en 1920, pero, tras haber servido en la guerra, partió a Estados Unidos, allí se doctoró como crítico literario y allí se quedó como profesor de la Universidad de Yale hasta su jubilación en 1991. Por ende, pertenecía a un escenario muy alejado de las usuales modas francesas y su trabajo difícilmente podría situarse en el núcleo de los debates sobre el género. Es más, cuando el crítico belga Raymond Trousson reseñó su obra para la revista *Dix-Huitième Siècle*, reconoció que “pese a los trabajos de G. Gusdorf o de Ph. Lejeune, la autobiografía sigue siendo un género bastante mal conocido [...] comparado con otros, es reciente, aún en curso de formación y, en suma, un género cuyo polimorfismo no permite una definición rigurosa” (519). Corría el año 1981.

Por ende, demasiado filosófico y “psicologizante” para los historiadores y obstinadamente historicista para el estructuralismo, Gusdorf, con su mirada adusta de viejo *normalien* difícilmente podía rivalizar con el carisma de Foucault, su brillante elocuencia y la mediatisación de su obra. Además, se estaba imponiendo un estilo de escritura figurativo y literario que Gusdorf, pese a su formidable claridad, estaba lejos de querer emular. Si, como el precepto foucaultiano argüía, la muerte del hombre determinó el surgimiento de las ciencias humanas, su defensa de la autobiografía no hacía más que favorecer una nueva sospecha hacia el yo, de allí que sólo la obra de Lejeune lograse decodificar el género para toda una generación ávida de nuevos lenguajes y rehabilitarla en el microcosmos formalista de la teoría literaria no sólo francesa, sino internacional. Así, la autobiografía (sobre todo, a partir de las *Confesiones* de Rousseau) se convertía, gracias a Lejeune, en un pacto que el autor endosaba con el lector con el fin de poner a su disposición el verdadero relato de su vida. A los ojos de Gusdorf, se trataba de un enfoque demasiado moderno y especulativo, discrepó con él públicamente e intentó salvaguardar una concepción más histórica y universal con una periodización más extensa, una crítica compatible con la de algunos teóricos italianos como Marziano Guglielminetti. En definitiva, tal vez haya sido ese melancólico aislamiento el que lo llevó a renovar una y otra vez sus lealtades frente al yo, al cual le dedicó no sólo su tesis

doctoral y varios pasajes de su historia de las ciencias humanas, sino también dos volúmenes en 1991 titulados *Lignes de vie (Les Écritures du moi y Auto-bio-graphie)* y, desde luego, sus propias “memorias intempestivas”, *Le Crépuscule des illusions*, publicadas de forma póstuma en 2002, un título que reniega de cualquier cifrado y donde condensa la desdicha de un reconocimiento público que nunca llegó tal como lo esperaba⁶.

Temores, dudas y rechazos

Así las cosas, cuando Pierre Nora publicó los *Essais d'ego-histoire* en 1987, la situación de la autobiografía en Francia aún estaba tensada por la reciente sentencia de su sociólogo más prominente, por la apología de un filósofo de antiguo estilo que pocos escuchaban y por una contundente recuperación teórica que, aún con su carga formal (y, en algún punto, también gracias a ella), funcionó como la bitácora a partir de la cual reapropiar el género y sentar su identidad. Con todo, la historiografía francesa ya disponía de viejos antecedentes egohistóricos en manos de historiadores que, o bien eran previos a la profesionalización del oficio, o bien se encuadraban en los límites de tal proceso, como la *Histoire de mes idées* de Edgar Quinet (1858) o los *Souvenirs d'enface et de jeunesse* de Ernest Renan (1883). Los *Souvenirs* de Ernest Lavisse, el gran gestor de la educación histórica y republicana francesa, publicados en 1912 (pero cuyo relato se detiene en 1862), conforman otro formidable documento cuya reedición en 1988 (con un prefacio de Jacques y Mona Ozouf) dan cuenta de la rehabilitación, no de su figura, sino de un género egohistórico que necesitaba de algún tipo de autenticidad teórica (rotunda como en Lejeune o bien ligera como en Nora, pero legitimidad al fin), así como también de antecedentes históricos que le dieran cierto abolengo a un proyecto que todavía presentaba muchas dudas.

Según Nora, la egohistoria no era “ni autobiografía falsamente literaria, ni confesiones innecesariamente íntimas, ni abstractas profesiones de fe, ni salvajes intentos de psicoanálisis. El ejercicio consiste en iluminar la propia historia como se iluminaría la historia de otro” (1987, 7). Con esta astuta panoplia de restricciones, Nora atenuaba un poco la propuesta y dejaba el camino abierto para que cada uno efectuara el desdoblamiento del yo que considere oportuno. Sin embargo, no fue del todo suficiente: sólo siete historiadores aceptaron la invitación (Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot y René Rémond). Con todo, algunos de los que se negaron a participar luego publicaron sus propias autobiografías, algo que ocurrió, entre otros, con Annie Kriegel, Paul Veyne, Pierre Vidal-Naquet o Pierre Goubert. Este episodio, más que un exceso de modestia o un ánimo de reserva moral, finalmente se traducía como una prudente demora hasta tanto no se presentase un contexto intelectual más favorable para la autobiografía cuya oportunidad editorial les permitiese, además, expandir los límites de aquel ensayo breve aún incierto y experimental. El tono sarcástico de Ruggiero Romano fue otro indicio de tal estado de cosas: “Sepan que hay un género nuevo para una nueva era de la conciencia histórica. La receta es muy sencilla: se toma la vieja autobiografía, se la llama “egohistoria” y allí se tiene el “nuevo género”: el ilusionista es Pierre Nora” (1992, 134). Sin ambages, Romano no sólo desconfiaba de ese proyecto, sino del nuevo rumbo que había tomado la historiografía francesa al dejar atrás los principios braudelianos de investigación en historia económica y haber catado las mieles de la discusión metodológica. De allí también su reticencia hacia la “antropología histórica” de un Le Goff o su simpatía por los reparos de Bourdieu en lo referido al lamentable estado que observaba en el mundo académico: para Romano (y también para muchos otros), la egohistoria era, en efecto, un extravío teórico, un abandono de la identidad

disciplinar de la historiografía, un derivado, finalmente, compuesto por la dispersión que, desde fines de los años 1970, había ocasionado la irrupción de una *nouvelle histoire* sin Braudel como voz de mando. Aún en 1997, el historiador Guy Thuillier (a quien no se podría acusar de ser indiferente al método) asumía que, para reconstruir el *métier d'historien* y su perspectiva de trabajo, era mucho más conveniente alentar el desarrollo de los archivos orales pese a que, reconocía, todo era muy incipiente. Pero agrega, “[el archivo] es más directo, más incisivo que los relatos autobiográficos al estilo de los *Essais d'ego-histoire* publicados por P. Nora en 1987 que son necesariamente sesgados, poco exhaustivos y, al parecer también, poco sinceros” (28).

Algunos historiadores franceses se negaron de plano a escribir su autobiografía bajo la variante que fuere, inclusive, aquellos que Romano hubiera identificado con esa corriente historiográfica tan disolvente. Tal es el caso de Michel de Certeau quien no sólo se negó a colaborar en la obra de Pierre Nora (que, finalmente, se publicó un año después de su muerte en 1986), sino también a escribir sus memorias. En respuesta a una carta inédita de mayo de 1978 que había recibido de su amigo Christian de Saint-Sernin, preocupado ante las dificultades de comprensión que estaba generando su obra, de Certeau comenzaba diciendo “Me parece que me ves de una forma un tanto extraña. Toda mi obra “epistemológica” (crítica de las ciencias humanas) tiende a mostrar cómo el discurso está determinado por el lugar social de su producción”. Tal era, tres años antes, la principal inquietud que había despertado en la corporación de historiadores la publicación de *La escritura de la historia* donde de Certeau había puesto el acento en las alienantes condiciones que imponían las instituciones, es decir, el “lugar social”, a la operación historiográfica como práctica científica y como escritura. Por ese motivo, esa coacción necesaria, pero coacción al fin, “ha sido objeto de polémicas científicas bastante fuertes porque los “científicos” no quieren admitir que el discurso esté determinado por la singularidad de una “posición” particular en una relación de fuerzas”. Casi se diría que, en este punto, de Certeau no sólo coincide con Bourdieu (pese a sus críticas posteriores), sino que presenta argumentos análogos a los de Romano. Sin embargo, considera que existe un modo de paliar aquel apremio aunque no esté seguro de que resulte “defendible”: “habría que reconocer esa pertenencia e introducir una crítica pública de ella a partir de lo que dice de sí misma, o sea, tomarla en serio y no atribuirse el mérito de una posición individual, intelectual o aristocrática”. El salvoconducto para ese gravoso lugar social (junto con el uso de las comillas en el discurso escrito, tal como ocurre en este caso para “científico”) no será sino su objetivación crítica, la única escapatoria posible para, si no sortear, sí, al menos, mitigar su efecto opresivo. Pero, desde luego, esta táctica sólo es posible cuando las instituciones son lo suficientemente fuertes e irreverentes como para albergar las dos caras de Jano, posibilidad que, según de Certeau, excluye cualquier experimento autobiográfico que pretenda fundirlas en una. Y así remata la carta para su atribulado amigo, “es por ello, finalmente, que siempre he rechazado ese género autobiográfico que a menudo me han pedido: rechazo, en estas cuestiones, el “alma bella” o la “bella subjetividad” del intelectual” (Freijomil, 2020, 140).

Un rechazo similar descubriremos en François Furet quien evitó escribir sus memorias, pero también, como ha lamentado su biógrafo, Christophe Prochasson, legar un archivo en condiciones. Como recuerda Ran Halévi, “la vida lo hizo reacio para volver al pasado y rebelde a cualquier atisbo de autobiografía, una censura interior cuyo rigor no ha disminuido con el paso del tiempo [...] de hecho, no tenía ninguna propensión hacia las confesiones públicas” (2007, 13). Sin embargo, en el extenso prefacio de *L'Atelier de l'histoire* (1982), Furet, tras reconocerse parte de una generación que nunca mostró verdadero interés hacia la

epistemología ni tampoco hacia la historia de su historia, sí traza un ejercicio sobre las relaciones que la disciplina ha mantenido con las ciencias sociales y en las que, desde luego, se vio involucrado. En realidad, todo depende del nombre que el historiador esté dispuesto a utilizar cuando se implica en su propio relato: puede denominarlo autobiografía o bien puede optar por asumirlo como un mero retrato de sí, una serie de recuerdos o como memorias. Algo que sucede, en suma, no sólo cuando busca darle un sentido a su vida tras lograr la consagración profesional, sino también cuando explica por qué ha escrito u ofrecido lo que, en cualquier caso, nunca deja de ser una suerte de “autohistoriografía”, como proponen Jaume Aurell y Rocio G. Davis dada “la inutilidad de separar la experiencia personal de la actividad intelectual” (2019, 505). Tal es, en suma, lo que podría desprenderse de aquel prefacio de Furet. Pero tampoco Roger Chartier se ha mostrado complaciente con una eventual evocación de sí. En ninguna de las innumerables entrevistas que ha concedido se permitió, ni siquiera por error, aludir a su trayectoria personal. Cuando Évelyne Cohen y Pascale Goetschel lo entrevistaron para la revista *Sociétés & représentations*, comenzaron con una desprevista pregunta sobre su itinerario, pero la respuesta fue categórica: “El pasado a veces me aburre y la ilusión biográfica pone en riesgo cualquier respuesta para semejante pregunta. Por eso prefiero empezar esta entrevista evocando los ataques a la noción de representación” (2015, 289). Marc Fumaroli ha dado una estupenda definición para el género memorias: “improvisaciones orales *escritas* que, más que contar la historia de su autor o la de su tiempo, narra reflexiones, comentarios, cosas vistas y contadas, retratos y personajes reunidos por toda una vida de conversación, como un coro en prosa de tragedia griega, al margen de la vida pública e histórica del narrador” (1997, 3626), pero jamás ha querido publicar las suyas. No obstante, su obra póstuma de 2021, *Dans ma bibliothèque. La guerre et la paix*, ha sido tomada como aquella autobiografía que no fue.

Pero fuera de Francia, desde luego, también encontraríamos sigilos parecidos y no todos tan recientes. El norteamericano William H. Prescott no escribió sus memorias, pero, a pedido del presidente de la *Massachusetts Historical Society*, George E. Ellis, sí redactó una carta autobiográfica para que fuese publicada en el *The Massachusetts Teacher and Journal of Home and School Education* (1857) donde confiesa, entre otras aventuras, que su primer interés por la historia se lo debía a la lectura de las *Memorias* de Gibbon. Hacia 1944, Johan Huizinga, confinado en De Steeg por orden de los nazis, dejó un manuscrito autobiográfico que sólo escribió a pedido de su esposa quien, tras enviudar en 1945, se lo entregó al historiador Werner Kaegi para que lo publicase. Así, en 1947, apareció su “*Mijn weg tot de historie*” (“Mi camino a la historia”) cuya edición incluye un brevísimo prólogo de Auguste Schölvink donde dice “No pude persuadir a mi difunto esposo de que escribiese una autobiografía cuya idea, por varias razones, se negaba a aceptar. Pero cuando le pedí que dejase unas pocas notas sobre su carrera para mí y nuestra hija, cedió con gusto, aunque, de ningún modo, deba tomarse como una autobiografía completa” (1947, 5). E.H. Carr también escribió en 1980 un breve ensayo autobiográfico tras la insistencia de su amiga Tamara Deutscher (viuda del célebre Isaac), pero se negó a publicarlo y recién se supo de su existencia en el año 2000 gracias a los buenos oficios de Michael Cox. Hacia el final del escrito, esboza lo que podría haber sido un final alternativo para *¿Qué es la historia?*, la obra que, veinte años antes, lo había hecho célebre: “uno podría seguir investigando las causas de las causas en busca de una Causa Final Objetiva, pero, por supuesto, nunca se alcanza. Tal vez el mundo esté dividido entre los cínicos, que a nada le encuentran sentido, y los utópicos, que le dan un sentido a las cosas sobre la base de alguna magnífica suposición inverificable para el futuro. Prefiero estos últimos” (2000, xxi). Carlo Ginzburg, quien ha hecho de la “distancia” uno de los ejes

centrales de su obra, en el prefacio de *Ojazos de madera* señaló “nací judío y he crecido en un país católico, nunca he tenido educación religiosa, mi identidad judía es, en gran parte, fruto de la persecución” (2000, 12). Como reconocerá más tarde en una entrevista con Florent Brayard, esa obra es, tal vez, una de las que más se acerca a un relato autobiográfico. No obstante, aclara, “intenté evitar hablar de mí mismo, pero está claro que cuanto más se vive, más largo es el camino que se recorre. Lo que escribí allí fue mi contribución al género de la autobiografía. No me siento tentado a probarla, aunque es un género fascinante” (2010). Tampoco Tony Judt tenía en sus planes dar a conocer su autobiografía. Sin embargo, tras la cruel enfermedad que lo azotó, el mismo año de su muerte aparecerá *El refugio de la memoria* (2010) cuyos ensayos, según confiesa, “nunca tuvieron prevista su publicación. Los empecé a escribir para mi propia satisfacción, animado a ello por Timothy Garton Ash, quien me instó a que sacara partido a la cada vez más íntima consulta de mis propios pensamientos” (2011, 11). Una disculpa elegante para una autobiografía introspectiva de más de doscientas páginas a lo largo de las cuales Judt no sólo acude a su formación como historiador, sino a un relato encendido de su pasado personal. Por su parte, Anthony Grafton, tras recibir el premio Balzan en 2002, se arrojó a un relato sobre los inicios de su formación como historiador en Estados Unidos durante los años 1950, un “largo viaje a través del palacio de la memoria de las tradiciones occidentales” en obvia referencia al desvelo de San Agustín en sus *Confesiones* por darle forma material a la memoria y, en definitiva, fijarla en un espacio visual y controlable. Pero Grafton tituló su conferencia *A Premature Autobiography?* como si quisiese advertirle al mundo que, en aquel momento, por mucho que agradeciese el premio, sólo tenía cincuenta y dos años por cuanto su trayectoria aún no había concluido⁷. Y tal es la razón por la cual muchos historiadores (y, desde luego, no sólo ellos) con frecuencia escapan de la egohistoria: cual fantasma, parece anticiparse demasiado al fin de una carrera y trazar una franja terminal para una obra. En todo caso, cuando Grafton fue premiado, las reservas hacia la egohistoria estaban aminorando, un camino que, veinte años atrás, no todos los franceses estaban dispuestos a transitar.

Primeros sondeos egohistóricos en Francia

Por cierto, cualquier plan de humanización que la egohistoria francesa se propusiera tendría por delante otro duro trabajo: doblegar una sociedad que acostumbraba (como aún sucede) a panteonizar sus intelectuales y figuras tutelares, algunos de los cuales no sólo reposan en un imponente mausoleo de París, sino que, además, cuando un número aún más selecto de ellos ingresan a la *Académie française* se convierten en los “inmortales”, parte de los cuales también han sido o son historiadores como Georges Duby, René Remond, Pascal Ory y nada menos que el propio Pierre Nora. En ese marco, quienes asumieran la tarea de escribir su autobiografía disponían de un arma seductora, pero que también pondría a prueba el estricto cordón sanitario con el que los franceses disociaban y aún disocian la vida pública de su misterioso fuero privado: o bien podían revelar sus secretos y romper el conjuro, o bien aprovechar esa oportunidad para sellar su gloria, dilema que también explica por qué varios historiadores se negaron a practicarla. Sea como fuere, ¿hasta dónde era conveniente que llegase una revelación? Por entonces, seguramente nadie olvidaba el pequeño escándalo que se había desatado tras la publicación del *Journal de Jules Michelet* entre 1957 y 1976, muy frondoso en detalles indecorosos que amenazaron con demoler la imagen que, con todo cuidado, los historiadores franceses estaban tratando de restaurar en esa época. ¿Para qué hurgar en la intimidad del santo patrono de la Clío francesa? Indignada, la periodista Jacqueline

Piatier se preguntaba en *Le Monde*, “¿a qué vienen todas estas confidencias? A retratar un Michelet que no enaltece al hombre. Se descubre un anormal, un obseso, un insano. Lo perturbador de este texto es su casi total ausencia de valor literario. En definitiva, la publicación es decepcionante”⁸. Más allá de la exasperación que provocó la revelación de la vida privada de Michelet, no puede negarse que, a lo largo de su obra, el trazado autobiográfico ya estaba presente y hasta se confundía con su propio relato de la historia de Francia o de la Revolución. Tan sólo basta recordar la introducción de *El Pueblo* (1846) donde alude a la pobreza de su infancia o el prefacio a la edición de 1869 de la *Histoire de France* donde menciona de forma explícita ese yo entreverado con su obra⁹.

Sin embargo, estas ambivalencias no evitaron que, inclusive antes de la aparición de los *Essais d'ego-histoire*, algunos historiadores intentasen, de modo casi inadvertido, reformular sus vidas en un escrito autobiográfico. Uno de los primeros ejercicios de egohistoria moderna tampoco estuvo exento de contrariedad y se realizó a pedido de un editor. En 1972, William McNeill le solicitó a Fernand Braudel que escribiese un ensayo para el *Journal of Modern History* con el propósito de evocar su formación como historiador y el modo en que su lugar en *Annales* ilustraba lo distintivo de la historiografía francesa. No obstante, su primera respuesta fue rechazarlo: “Confieso que durante mucho tiempo hice oídos sordos a esta propuesta, que me obligó a mirarme de un modo insólito, a considerarme, en cierto modo, como un objeto de la historia y a hacer confidencias que, a primera vista, sólo podían calificarse de complacientes, incluso de vanidas”. Sin embargo, cuando McNeill le pidió que pusiera a su disposición la documentación necesaria para que fuese otro quien escribiese el texto, Braudel terminó cediendo: “intentaré responder con toda honestidad [...] aunque confieso que no estoy seguro de que este relato excesivamente personal, de dudoso interés para el lector, zanje realmente el debate” (1990, 9). Otro de los primeros modelos (y que Nora recordará como precedente) fue *Un Historien de dimanche* de Philippe Ariès quien en 1980 ya era una figura reconocida entre sus pares y el gran público, una condición mediática no menor que se revelará esencial para mantener la circulación de un experimento egohistórico y convalidar su publicación. Como señala Jeremy Popkin, “sus relatos tenían un encanto particular porque se había convertido en un célebre historiador mientras se ganaba la vida en una profesión que no tenía nada que ver con la suya” (1996, 1142), por caso, importador de frutos tropicales. Sin embargo, aquella obra estaba estructurada a partir de una serie de entrevistas que había mantenido con Michel Winock (quien, mucho más tarde, en febrero de 2024, publicará mil páginas tituladas *Ego-histoire*), pero que se presentaron como un relato continuo sin la presencia de las preguntas. En realidad, para dar con un primer y estricto texto autobiográfico de Ariès, recién habrá que esperar a que se publiquen los *Essais de mémoire* (1993), que incluirán un autorretrato póstumo titulado, no sin gran sutileza, “Le secret” que data de noviembre de 1978 y que, según los editores, consiste en el texto inicial que ofreció en la primera sesión de su seminario en la EHESS de París (37).

Es por todo ello que, en sentido estricto, el primer historiador francés contemporáneo que publicó efectivamente sus memorias en libro fue Emmanuel Le Roy Ladurie (1982) en *Paris-Montpellier, PC-PSU, 1945-1963* cuya posición hegemónica –tanto institucional como historiográfica– le permitía experimentar con un género poco transitado sin mayores consecuencias, pero con un objetivo muy preciso: reevaluar, si no reescribir, la época de su juventud como militante comunista y convertirla, tal como François Furet lo había hecho cuatro años antes con la Revolución francesa, en el episodio de un pasado definitivamente “terminado”. En esta misma línea historiográfica se encuentra la tímida presentación “L’image dans le tapis” de Mona Ozouf para *L’École de la France* (1984), obra publicada en la estela de

Gallimard, compuesta por una serie de artículos dispersos y a pedido de Pierre Nora, a la sazón, director de la colección “Bibliothèque des histoires”, quien, de algún modo, convierte esa semblanza personal en una prueba piloto para el proyecto de egohistorias, aún sin nombre. En aquel mismo año, Pierre Goubert inserta en un volumen de *mélanges* titulado *La France d'Ancien Régime*, un breve escrito al que reconoce como “una suerte de autopresentación bastante inhabitual” (Croix, 1984, 13). En todo caso, cuando el género se vea definitivamente refrendado, tanto Le Roy Ladurie como Ozouf y Goubert (quienes en estas obras jamás utilizaron el término “autobiografía” ni tampoco “memorias”), publicarán sus respectivas egohistorias en toda regla. Pierre Goubert será el primero con *Un Parcours d'historien. Souvenirs, 1915-1995*. Le seguirá Mona Ozouf con *Composition française. Retour sur une enfance bretonne* (2009) y, finalmente, Le Roy Ladurie lo hará en 2014 a través de una larga entrevista a Francine-Dominique Liechtenhan, *Un vie avec l'histoire. Mémoires*¹⁰.

Una invención alemana

Mientras tanto, la tradición alemana que tanto había inspirado a Gusdorf ya había relevado el fenómeno de la autobiografía por la vía historicista y, desde luego, sin los típicos pudores franceses. En 1907, Georges Misch, yerno y discípulo de Dilthey, comenzó a publicar la *Geschichte der Autobiographie*, una historia colosal que partía de los asirios, culminaba en el siglo XIX y cuyo cuarto y último volumen recién apareció en 1969 tras su muerte. La definición de autobiografía que Misch ofrece en el prefacio de la segunda edición (1931) no podría ser más diltheyana: “La autobiografía debe considerarse un fenómeno literario y situarse en sus circunstancias históricas que, partiendo de la propia vida así como de la comprensión del sentido de la vida y del mundo, conducen a la autoconciencia y a la creación consciente de la personalidad del hombre” (Jung, 1986, 30). Comprendida, no en su sentido biológico, sino como parcialmente contigua de lo que hoy solemos llamar “subjetividad”, la “vida” remitía, por entonces, al espíritu, la cultura y la conciencia individual (Schnädelbach, 1991, 177). En una época durante la cual esa noción se había convertido en excluyente para cualquier discusión filosófica, no es extraño que la autobiografía (cuya locución en alemán data de poco antes de 1800) se convirtiera en un portento transhistórico de tintes psicológicos que debía ser indagado y diera, además, con un experto de forma tan prematura. No obstante, al igual que ocurrió con la obra de Gusdorf, tampoco la de Misch tuvo la recepción esperada. Situadas ambas en un viejo enclave de erudición acumulativa y deudoras de un saber filosófico total, carente de fisuras, donde la idea de representación autobiográfica era, a fin de cuentas, una imitación de la vida, tal es la fortuna de estas obras inagotables a medida que transcurre el siglo XX: en el mejor de los casos, terminan relegadas a la consulta eventual, si es que algún sagaz especialista detecta su existencia, mientras, por supuesto, aguarda la llegada de un tratado sistemático con mayor valor de uso.

En todo caso, respecto de la egohistoria propiamente dicha, no debería sorprendernos que Alemania cuente con los experimentos más tempranos, inclusive, con recopilaciones que aglutinaban autobiografías de varios autores. Ha sido Jeremy D. Popkin (2001) quien ha verificado esta práctica que denomina “pacto autobiográfico coordinado” (en obvia referencia a la obra de Lejeune) y que ya contaba en Alemania con antecedentes desde fines del siglo XVIII. Así, en 1925-1926, la egohistoria *avant la lettre* hace, de algún modo, su aparición con los dos volúmenes titulados *Die Geschichtswissenschaft der Gegenwart in Selbstdarstellung*, es decir, “La ciencia histórica actual en autorretratos”, dirigida por Sigfrid Steinberg, un historiador alemán especialista en obras de referencia quien años más tarde emigró a

Inglaterra tras la llegada del nazismo. Estas obras formaban parte de un proyecto mucho más amplio ideado por el editor Felix Meiner cuyo objetivo era convocar académicos de diferentes áreas del saber (filosofía, economía, medicina o religión, entre otras) para que trazaran un perfil profesional de sí mismos. De acuerdo con Popkin quien, en 2009, consagró un estudio específico a estas publicaciones, los volúmenes compuestos por autobiografías de historiadores fueron, al igual que los otros, ampliamente celebrados y asumidos en Alemania como una verdadera primicia. Lo que denota esta propuesta en su conjunto es la necesidad de colocar al yo académico en primera línea como el interventor de toda producción científica, una marca que nos retrotrae, nuevamente, al ideal diltheyano. Tanto es así que, incluso cuando se desliza alguna crítica hacia el trabajo, ésta se funda en una exigencia de mayor remoción interna.

El historiador norteamericano de origen alemán Walter L. Dorn en su reseña para *The American Historical Review* declara, “si los historiadores hubieran superado el reto de un autoanálisis más implacable e inquisitivo, sería una de las contribuciones más legítimas que una generación podría ofrecer a la siguiente” (1925, 861), pero, a su entender, todo se cumplió de un modo muy imperfecto. De las siete autobiografías del primer volumen sólo rescata la del poderoso Georg von Below y la de Walter Götz, el resto son puras remembranzas que “sólo cabe perdonar en el caso del octogenario Max Lehmann”. Pero, por detrás del tono autocelebratorio, Dorn también rescata una “controversia subterránea” que se teje entre la contribución de Götz y la de Georg Steinhausen “sobre el ámbito legítimo del historiador de la cultura”. Mientras el primero optaba por una historia del pensamiento, el segundo desplegaba una teoría de la *Kulturgeschichte* “con un fuerte resabio de anticuarismo de museo y arqueología de *bric-à-brac*”. Con este último término, Dorn, aunque no lo confiese, delata su préstamo de Karl Lamprecht para dirimir la disputa, sentando así veladamente su posición. De todas maneras, pese a que las memorias debían ser “profesionales” (como una forma más de consolidar el oficio en una época de fuertes querellas historiográficas), aquellas terminaron funcionando más como portavoces de las distintas especializaciones representadas que desvelando en profundidad, según estima Dorn, sus respectivos “credos históricos”. No obstante, al reseñar el segundo volumen, la crítica se vuelve más dura: “el título es engañoso, pues nada hay de crítica histórica ni de método que el estudiante pueda extraer de estas breves memorias autobiográficas” (1927, 606), observación que recrea una de las grandes peculiaridades de toda autobiografía y de la cual tampoco las egohistorias más recientes podrán escapar. Si bien se esperaba que los historiadores contasen su vida para demostrar que los áridos caminos recorridos se franquearon con virtuosos modelos de autosuperación, este gravamen edificante también debía contener algún insumo pedagógico que permitiese detectar cuáles habían sido las concepciones teóricas que subyacían a la disciplina para que, en última instancia, arrojasen algún precepto útil en manos de los jóvenes historiadores y, así, asegurar la continuidad de todo el sistema. Al menos, eso es lo que esperaba Dorn.

Sin embargo, el propio Georg von Below, cuya participación en el primer volumen no impidió que escribiese una reseña del mismo en la revista *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte* (de la cual, por supuesto, era el editor responsable), aprovechó la oportunidad para relanzar una fuerte crítica hacia Gustav von Schmoller (quien había muerto ocho años antes) escudándose en lo que ya había escrito Felix Rachfahl en su autobiografía, la cual aparecería en el siguiente volumen, pero “cuyas galeras ya he podido consultar gracias a la amabilidad del editor”. Si bien este nuevo intento de *Methodenstreit* un tanto desesperado de von Below no tuvo el efecto esperado, arremete nuevamente contra la falta de agudeza sistemática y metodológica en Schmoller y toma lo siguiente del texto aún inédito de Rachfahl

(quien, por si todo esto fuera poco, fallecerá antes de verlo publicado): “la precisión crítica de las fuentes no era el punto fuerte de Schmoller, como tampoco su rigor conceptual, asimismo, las obras que surgieron de su escuela [...] llevaban cómodamente el sello de estas deficiencias del maestro” (1925, 450). Lo que allí dirimía von Below, en suma, era una concepción técnica, metodológica y conservadora de la disciplina contra el historicismo más sociológico y comptiano de Schmoller. Recordemos que tanto von Below como Rachfahl y toda la generación de historiadores de Weimer aquí presente, había sido la primera en convertir el método rankeano en un científico conspicuo basado en la objetividad casi absoluta del historiador, posición que, como ha demostrado Georg Iggers (1962) y Peter Novick (1997), en buena medida distorsionaba lo que, en realidad, era el idealismo romántico de Ranke. Rachfahl también señalaba que la historia tenía que evitar la especulación infundada y “seguir el camino que trazó nuestro viejo maestro Ranke”, es decir, “la crítica metódica, que separa la verdad de la falsedad, sin ir más allá de sus límites” y “la objetividad, que no se deja desviar ni por artículos metafísicos de fe, ni por doctrinas políticas o de otro tipo, ni por simpatías o antipatías personales” (Popkin, 2009, 36). Esta última advertencia, dirigida a evitar cualquier empatía hacia todo individuo público de antaño encarnado en objeto de investigación, evidentemente, no fungía para el ámbito de la discusión académica: allí, las querellas teóricas (bajo el velo de la objetividad) portaban nombre, apellido e institución de pertenencia y ya habían alcanzado extremos insostenibles como en von Below.

Ranke y el “deber de reminiscencia”

En todo caso, surge aquí otro de los usos de la autobiografía: en tanto arma arrojadiza, revela su validez para desempolvar viejas disputas e intentar consolidar el reconocimiento de una hegemonía académica. No obstante, la existencia misma de todo este proyecto parecía marcar un límite para esa expansión, como si el conocimiento (en este caso, histórico) hubiese llegado a un punto de saturación y no retorno, cuya recuperación necesitaba de otro tipo de dispositivo que operara como síntesis de lo alcanzado hasta ese momento. En este sentido, cuando una disciplina (que, además, defiende con tanta idolatría la objetividad) apela a un recurso como el autobiográfico y lo convierte en la razón de un proyecto editorial significativo como el de Felix Meiner (que, en total, llegó a contar con veintiocho volúmenes entre 1921 y 1929) o en una moda historiográfica recurrente (como la que, directa o indirectamente, estimuló Pierre Nora con los ensayos de egohistoria en 1987), ese arrojo no debería sonar como celebración sino más bien como alarma e indicio de un agotamiento epistemológico cada vez más ostensible. A tal efecto, se diría que el viejo precepto de Alfred Dove no estaba tan lejos cuando en 1895 sostenía “La autobiografía es la confesión personal de que ya no hay nada relevante para decir” (222). Sin embargo, los historiadores eran rankeanos y ninguno de ellos tampoco olvidaba que Ranke también había dictado varios pasajes autobiográficos entre 1863 y 1875 (editados por el propio Dove en 1890) donde sostenía que, al llegar a una edad avanzada, el historiador tenía un “deber de reminiscencia, por así decirlo” (*Pflicht der Reminiscenz*) tras el cual le correspondía confluir su vida individual con los efectos retroactivos más generales de su tiempo. En todo caso, por autorizados que los historiadores de los años 1920 se vieran, la evocación de un pasado prestigioso, singular e irrepetible por parte del sujeto (de ese mismo cuya presencia en el discurso no debía percibirse), tenía un efecto de compensación que los objetos de investigación ya no podían seguir supliendo.

Así pues, lo que podría haber derivado en una respetable tradición sufrió un duro revés con la llegada del nazismo. Según Popkin, la práctica autobiográfica fue abandonada, sobre

todo, porque aquellos historiadores que se formaron o sirvieron al régimen, tan pronto se incorporaron a los cuadros académicos de la República Federal, encontraron imposible disociar estas dos etapas de su vida y trasladarlas a un relato unificado de su pasado (2005, 87). No obstante, el caso del influyente Friedrich Meinecke, quien falleció en 1954, fue un tanto particular puesto que publicó sus “experiencias” en 1941 en plena guerra bajo el título de *Erlebtes, 1862-1901* y, ocho años después, una segunda parte de “recuerdos” titulados *Strassburg, Freiburg, Berlin, 1901-1919*. Con todo, si seguimos el criterio de los *Autobiographische Schriften*, el octavo volumen de sus obras completas editado por Eberhard Kessel en 1969, deberíamos agregar *La catástrofe alemana* de 1946 y así completar una trilogía virtuosa donde Meinecke en absoluto contuvo, como señala su editor, su “deber de reminiscencia”, deber que, inclusive, podría rastrearse hasta los años previos a la aparición de *El historicismo y su génesis* en 1936¹¹. Con aquella obra, Meinecke se convirtió en el primer historiador en enfrentar el pasado reciente e intentar dejar atrás la “experimentación” subjetiva de sus primeras dos autobiografías para subsumir la “experiencia” objetiva del “campo espiritual y político contrario a Hitler y de los recuerdos asociados a las consideraciones que en esta obra se formulan” (1947, 13-14). Sin embargo, pese a todos los reparos, como ha indicado Nicolas Berg (2015), la idea de “catástrofe” no dejaba de ser ambigua: ¿la provocó la propia Alemania o, simplemente, cayó sobre ella? Sea como fuerte, los diez mil ejemplares de su primera edición se agotaron en un año. Aquí, la cuestión era, pues, el uso que durante la posguerra recaía sobre la objetividad como ideal epistemológico puesto que terminó por convertirse en un instrumento de autorregulación política para direccionar el tipo de interpretación que debía hacerse del pasado nazi, decisión que, desde luego, afectaba el modo en que los historiadores se describían a sí mismos. En todo caso, la idea de una “catástrofe alemana” estuvo en el centro de una indagación que, al abrigo de una rigurosa objetividad frente a los documentos, intentó construir una distancia que el pasado académico de los historiadores terminó situando bajo sospecha. A ello se agrega el extraño consenso al que muchos de ellos llegaron sobre el nazismo: Hans Mommsen, Karl Dietrich Bracher, Martin Broszat o Helmut Krausnick sostenían que todo lo conocido sobre aquel periodo podía considerarse suficiente, inclusive, la persecución a los judíos.

Cautelas similares se observaban en otro de los historiadores que escribió su autobiografía durante la posguerra, Hermann Heimpel, con cuya *Die halbe Violine* (1949) tan sólo toma el Munich de la década de 1920. En efecto, Heimpel así como Werner Conze, Theodor Schieder o Karl Dietrich Erdmann, habían estado al servicio del régimen nazi y, concluida la guerra, pasaron a controlar buena parte de la carrera de historia para las nuevas generaciones. Durante el nazismo, Heimpel había sostenido, por ejemplo, que los Hohenstaufen eran los precursores del III Reich, pero, más tarde, también fue uno de los pocos historiadores importantes que, junto a Fritz Fisher, admitió públicamente su implicación con el régimen y mostró su arrepentimiento. Como creador y primer director del Instituto Max Planck y rector de la Universidad de Gotinga, Heimpel llegó a ocupar un lugar predominante en el mundo académico de los años 1950, pero también entre el público culto, una condición no menor para que se permitiera una egohistoria pública en la República Federal. Sin embargo, hubo casos como el del historiador del mundo agrario Günther Franz (quien falleció en 1992) cuyo ejercicio autobiográfico hubiera sido imposible de publicar: sus discursos antisemitas, sus escritos racistas en defensa de Hitler o su aparición en un congreso de historia de 1937 vestido con el uniforme de las SS, eran episodios que, por segmentada que fuese su autobiografía, no hubiera podido resistir ninguna convalidación en el espacio público. Pese a todo, Franz volvió a la actividad académica y fue reivindicado a partir de los años 1960, sobre todo, por su obra

sobre la Guerra de los Treinta Años, algo que no debería sorprender si recordamos que la historiografía alemana demoró casi medio siglo en efectuar una revisión profunda sobre la actuación de los historiadores de los años 1930 y 1940. Como señala Berg, sólo con la sección dedicada a “Los historiadores alemanes bajo el nacionalsocialismo” de 1998, celebrada en el marco del 42º *Deutschen Historikertages* en Frankfurt del Meno (un encuentro que resultó tan significativo como el debate Fisher, el *Historikerstreit* o el debate Goldhagen y que contó con la participación de figuras como Jürgen Kocka, Wolfgang Mommsen o Hans-Ulrich Wehler), comenzó a desbrozarse el rol crucial que tuvieron los historiadores en la legitimación pública y académica del nazismo.

La seducción biográfica en la cultura angloamericana

Ahora bien, el fenómeno egohistórico que en Alemania se detecta a principios del siglo XX y en Francia desde fines de los años 1980, nunca fue en el mundo angloamericano un pasajero nocturno infiltrado de forma encubierta. En principio, estamos lejos del imaginario universalista francés y de un historicismo alemán con un Ranke desmedidamente objetivista (a pesar de la influencia que esta imagen ha tenido en la profesionalización de la disciplina norteamericana tal como Peter Novick lo demostró espléndidamente). En realidad, nada ha impedido que, para el imaginario disciplinar angloamericano, el historiador se viese, no sin conflictos y tensiones, como un sujeto que fabricaba un saber y que la idea de experiencia tuviese un rol clave. Son varios los historiadores que, desde principios del siglo XX, venían reparando en aquella ineludible mediación y cuyo impacto en esta tradición historiográfica nunca ha sido menor. Es muy famoso el ensayo de Carl Becker “*Everyman His Own Historian*” de 1932 donde se condensan las tres ideas centrales que, según Milton M. Klein, definen su “relativismo”: la subjetividad de los hechos históricos, la historia como producto de la imaginación del historiador y la influencia que tiene el “clima de opinión” contemporáneo en la visión que del pasado tiene el historiador (1985, 105). Si Becker nos resulta demasiado connotado para la tradición norteamericana, acudamos a R.G. Collingwood cuyo “historicismo antropológico” (Roldán, 2005, 206) lo condujo en 1925 a sostener que “cada historiador ve la historia desde su propio centro, es una mónada que contempla el universo desde un punto de vista que, irremisiblemente, no es el punto de vista de cualquier otro” (Collingwood, 1965, 96). Si Collingwood nos resulta demasiado filosófico, podemos recurrir a E.H. Carr de cuyas célebres conferencias de 1961 todo el mundo recuerda cuando dijo, “antes de estudiar la historia, estúdiase al historiador y antes de estudiar al historiador, estúdiase su ambiente histórico y social. El historiador, siendo él un individuo, es producto de la historia y de la sociedad” (Carr, 2006, 120). Y si Carr no nos resulta suficientemente representativo para su época, acudamos a E.P. Thompson a quien nadie quitaría del epicentro historiográfico y quien, como todos sabemos, en 1978 salió a socorrer furiosamente al sujeto que, según creía, la “miseria de la teoría” althusseriana estaba diluyendo de la ciencia histórica.

En tal sentido, es dable que el prisma francés (y el alemán, pero en mucha menor medida) siempre termine operando una fuerte distorsión cuando pensamos la egohistoria. Con excepción del *devoir de mémoire* (parcialmente semejante al “deber de reminiscencia” que fue anunciado por Ranke aunque, desde luego, con una carga ética y política muy diferente), el mundo angloamericano ya había discutido, por mor de su misma tradición intelectual e historiográfica, la presencia de un historiador como sujeto y, en verdad, contaba ya con toda una industria biográfica y autobiográfica compuesta por biógrafos de profesión que producía ensayos, retratos, enciclopedias, biobibliografías o, meramente, diccionarios desde el siglo

XVIII. Por ejemplo, la primera enciclopedia moderna, que no fue la célebre *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert sino la *Cyclopædia* de Ephraim Chambers, en su primera edición londinense de 1728 ya definía *biographer* como “un autor que escribe la historia (*history*) o la vida de cualquier persona o personas como Plutarco, Cornelio Nepote, etc.” (103, col. 2). Vale decir, pues, que “historia” y “vida” ya funcionaban como dos posibilidades de recambio a los efectos de un discurso cuya factura conservaba, no obstante, mucho de literaria (así como en Dilthey esa relación conservará mucho de filosófica) y que en el siglo XIX Benjamin Disraeli inmortalizará con la frase “la historia no es sino la biografía de los grandes hombres”. Si bien, por supuesto, hace tiempo ya que la historia ya no sólo la hacen los grandes hombres, no cabe duda que el imaginario de un individuo como tracción cultural inalienable siguió en marcha, aún hoy. Y, en ese marco, la autobiografía como género (al igual que la biografía, desde ya) ha sido teorizada, historizada y problematizada en el mundo anglosajón bajo casi todas las formas imaginables, un interés sólo en parte compatible con la tradición alemana inaugurada por Misch.

Por ende, en el ámbito de la historiografía no es en absoluto extraño dar con historiadores que escriben biografías de largo aliento sobre figuras públicas y entre las cuales también se encuentran sus colegas extranjeros del oficio. Los casos abundan. A Carr le debemos las primeras biografías en lengua inglesa de Dostoyevski (1931), de Karl Marx (1934), así como también la primera de Mijail Bakunin (1937). Inclusive, su clásico *Los exiliados románticos* (1933) está estructurado a partir de una serie biográfica (y, desde luego, narrativa) de figuras de la intelectualidad rusa. Por otro lado, casi todo el mundo conoce la “biografía política” de Stalin (1939), pero, sobre todo, la magnífica trilogía biográfica de León Trotsky (1954-1963), todas ellas escritas por Isaac Deutscher, el gran historiador polaco formado en Londres y que representan todo un modelo de investigación biográfica. No hace falta recordar que el primer libro publicado por E.P. Thompson no fue sino una biografía de William Morris (1955). Los seis estupendos volúmenes de *Barbarism and Religion* (1999-2015) de J.G.A. Pocock giran en torno de la figura de Edward Gibbon y el mejor trabajo biográfico de Condorcet lo ha publicado, sin duda, Keith Baker en 1975. Hasta la aparición de la gran biografía de Émile Durkheim por Marcel Fournier en 2007, sólo contábamos con la de Steven Lukes, publicada en 1972. Es más, la vieja biografía de Domingo F. Sarmiento publicada en 1952 por Allison Williams Bunkley todavía perdura como referencia al igual que el *Juan Manuel de Rosas* de John Lynch (1981) que, sin ser estrictamente una biografía, negocia y mucho con el género. En cuanto a las biografías de historiadores no ingleses, la única que existe de Henri Pirenne data de 1974 y lleva la firma de un medievalista de origen norteamericano, Bryce Lyon, tal como también ocurre con Carole Fink, autora de la primera biografía de Marc Bloch (1989) la cual sólo encontrará una digna sucesora con la “semi-biografía” del alemán Ulrich Raulff en 1995. Entre las múltiples biografías de Jules Michelet, muchas de ellas francesas por supuesto, no deja de sobresalir el experimento psicobiográfico (harto celebrado en Francia, inclusive, por los severos micheletianos) de Arthur Mitzman (1990) quien ya había ensayado algo similar en 1969 con *La jaula de hierro*, un estudio análogo sobre Max Weber. Hasta la publicación entre 2012 y 2022 de la estupenda biografía estrictamente intelectual en cuatro volúmenes del británico Stuart Eeden, para la vida de Michel Foucault dispusimos de tres trabajos cuya utilidad sigue vigente, aunque ni la obra de Didier Eribon, publicada en 1989 (pese a su nueva edición), ni tampoco la del norteamericano James Miller (1993) alcanzan los niveles de erudición, profundidad y cadencia narrativa que ha conseguido el también británico David Macey con *Las vidas de Michel de Foucault* en 1993.

Asimismo, numerosos historiadores ingleses y norteamericanos han sido objeto de un trabajo biográfico y, en ocasiones, de más de uno. Recordemos que en 1917, Lytton Strachey revolucionó lo que, para el mundo inglés desde Samuel Johnson, siempre había sido el “arte de la biografía” con *Victorianos eminentes*, pero también incursionó en el ensayo biográfico breve de algunos historiadores como Gibbon, Macaulay o Froude a través de sus “retratos en miniatura”. En 2020, el periodista David Herman se preguntaba en la revista *The Critic*, “¿Por qué estamos tan interesados en los historiadores?”, una creciente fascinación que detecta desde los años 1990 y donde alude, sobre todo, a las biografías más recientes de Edward H. Carr (2000), A.J.P. Taylor (quien ya cuenta con dos, publicadas en 2002 y 2006), Hugh Trevor-Roper (2010), Eric Hobsbawm (2019), Lewis Namier (2019) o John H. Plumb (2020). Pero hay muchas otras de bastante tiempo atrás. Si bien la biografía de Lord Acton que Ronald Hill publicó en el año 2000 (con sus ochenta y cuatro páginas de notas y sus dieciocho archivos consultados) “no será sustituida en muchos años, si alguna vez lo es” según ha observado un especialista, existían ya numerosos estudios previos aunque ninguno de ellos tuviese los alcances del de Hill. Por fuera de los obituarios y la entrada del célebre *Dictionary of National Biography* (escrita en 1912 por su viejo alumno, el historiador y teólogo John Neville Figgis), desde 1948 ya se contaba con el opúsculo que Herbert Butterfield había publicado para la *Historical Association*. Cuatro años después, Gertrude Himmelfarb publicó una biografía intelectual (que será la principal referencia hasta que Hill publique la suya) y, en 1954, Lionel Kochan su *Acton on History*. Todas ellas tendrán su continuidad con los estudios de David Matthew (1968), Robert L. Schuettinger (1974) y el pequeño ensayo de Hugh Tulloch (1988) dentro de la serie “Historians on Historians” cuyo nombre ya nos da un indicio del interés que, al menos la editorial Weidenfeld & Nicolson, tenía en este tipo de producción espejada sobre historiadores.

El primer biografiado de esa serie fue el notable jurista e historiador F.W. Maitland (1985) y su autor, nada menos que Geoffrey Elton. En una de las reseñas de la obra podía leerse “Érase una vez que la historia y el mito eran indistinguibles y hablaban de héroes y grandes hazañas. Luego, la historia puso su mira en las naciones y los imperios, los reyes o los papas y, más tarde, se le dio la palabra a los campesinos y las clases. Ahora, los historiadores vuelven su atención sobre sí mismos y nace la serie *Historians on Historians*” (Ireland, 1986, 352). La serie, no obstante, tuvo pocos títulos. A la obra sobre Maitland, le siguieron la del propio Acton, Gibbon y Macaulay en 1988 y, al año siguiente, Namier, Heródoto y Hume. Thomas Henry Buckley había sido objeto de una biografía por parte de Alfred Hugh en 1880 tras veinte años de muerte, pero también contó con otra más moderna por Giles St. Aubyn en 1958. Herbert Butterfield también fue biografiado en dos ocasiones en 1980 y en 1985. Podríamos seguir con algunas posteriores. Bryan D. Palmer ha publicado dos trabajos biográficos diferentes (pese a que se resista a llamarlos así) sobre E.P. Thompson en 1980 y en 1994. Y desde 1998, contamos con la biografía de Gregory Elliott sobre Perry Anderson junto a una suerte de biografía “política” publicada por Paul Cartledge en 2004 que, no obstante, fue destrozada por la crítica. Sin embargo, Herman observa este fenómeno sólo en las librerías. Con dar un simple vistazo a las bibliotecas y revistas especializadas, daremos con un enorme cantidad de artículos, dossiers y largos obituarios que componen otros tantos ejercicios biográficos de historiadores cuya práctica tiene más de un siglo, así como el tradicional *liber amicorum* cuya usanza no sólo compete al mundo angloamericano, sino también a los franceses quienes cuentan desde siempre con sus *mélanges* y a los alemanes con el *Festschrift*, todo un género en sí mismo. Estos últimos, antes que trazar biografías o segmentos biográficos, parten del corpus del homenajeado y, desde allí, cada interviniente esboza el lugar

que ocupa en sus propias investigaciones. No obstante, siempre suelen estar precedidos por algún esbozo biográfico y, en ocasiones, por un autorretrato del historiador en cuestión si es que éste, claro está, tiene la dicha de estar vivo cuando recibe este gesto de sus colegas. Nos atreveríamos a decir que casi todos los historiadores ingleses, franceses y alemanes de cierta relevancia fueron objeto de algún homenaje por el estilo.

Ego-histories avant la lettre

Del mismo modo, la producción de autobiografías de historiadores tampoco ha sido ajena a la tradición inglesa y norteamericana. Si bien en una medida mucho menor respecto de la producción biográfica, ha sido bastante mayor si la comparamos con Francia, Italia o Alemania. En realidad, los historiadores angloamericanos difícilmente se hubieran planteado la pertinencia o no de un retrato o autorretrato de vida que, prácticamente, está encarnado en su propia cultura literaria. En el caso de estos historiadores contamos con autobiografías antes, durante y después de la profesionalización de la disciplina¹². Un primer caso podría ser el de Charles Oman, historiador de Oxford en una época de profundos cambios en la profesionalización del oficio, que dejó en 1941 sus *Memories of Victorian Oxford and Some Early Years*. El historiador (y hasta 1929, miembro conservador del parlamento británico) John Marriott, férreo defensor de la objetividad, la neutralidad y el rigor erudito, dejó, no obstante, sus *Memories of Four Score Years* que fueron publicadas en 1946, un año después de su muerte. Como recuerda Richard Evans, Marriott fue un modelo de historiador para su época, mucho más, inclusive, que el respetado G.M. Trevelyan (quien, tres años después, publicará su *Autobiography of an Historian*). Pese a todo, Marriott reconocía sin tapujos que “los historiadores pueden dividirse en dos clases: los expositores y los investigadores, los que se dedican a investigar las fuentes y los que popularizan los resultados obtenidos. Mis preferencias, producto de las circunstancias, han hecho de mí un expositor más que un investigador” (Evans, 2009, 103). La *Autobiografía* de R.G. Collingwood data de 1939. Pese a que no se trata de historiadores profesionales en sentido moderno, las precursoras *Memorias de mi vida* de Edward Gibbon (1796) y *La educación de Henry Adams* (1907), escrita en tercera persona, son habitualmente citadas como remotos antecedentes de una práctica reciente cuando, en realidad, están ancladas en una tradición que en el mundo angloparlante nunca se ha detenido. Así, por ejemplo, en 1941, se publica póstumamente *An Unfinished Autobiography* del inglés H.A.L. Fisher quien dejó el manuscrito interrumpido un año antes tras morir en un grave accidente. En 1963, el norteamericano Arthur M. Schlesinger lanza su *In Retrospect. The History of a Historian*, John D. Hicks hizo lo propio en 1968 con *My Life with History. An Autobiography* y, al año siguiente, Gabriel Jackson publica su *Historian's Quest*.

Si bien siempre hay, hubo y habrá, por supuesto, muchos otros historiadores en lengua inglesa que no han querido o podido escribir su autobiografía, nada de eso significa que hubieran desestimado el género. Si bien como profesionales de la disciplina han podido considerarlo sospechoso como fuente para sus investigaciones, en el momento de emprender el retrato de sus propias vidas, asumían la tarea como parte de una larga tradición que no necesitaba de verdadera justificación. Con todo, algunos de ellos que no han dejado ningún rastro autobiográfico en libro o en un ensayo disperso, sí han aceptado publicarlo de otro modo mucho más discreto. Tal es el caso del proyecto biobibliográfico *World Authors* cuyos volúmenes comenzaron a publicarse en Nueva York desde 1942 y cuya última edición apareció en 2007 tras la inevitable condena de obsolescencia que sufrió en manos de internet. La casa editorial que lo sostuvo durante esos 65 años fue la H. W. Wilson Company cuyos orígenes

se remontan a 1889 cuando Halsey Wilson y Henry Morris abrieron una pequeña librería en Minnesota, pero, ya desde 1903, comenzó a funcionar como sociedad anónima y no tardó en convertirse en una editorial líder, especializada en índices y resúmenes destinados a las bibliotecas públicas y académicas. Antes de que se convirtiera en la actual WilsonWeb, el *Word Authors* constituyó durante mucho tiempo una referencia ineludible en materia de información biobibliográfica de novelistas, dramaturgos, ensayistas, periodistas, científicos sociales e historiadores en base a una pretensión universal, aunque, como cabe esperar, en su gran mayoría los autores son angloparlantes. Sin embargo, lo peculiar de la colección residía en que cada redactor –por lo general, especialista en la disciplina de los biografiados–, les solicitaba alguna fotografía para incluir en su entrada junto con un relato autobiográfico inédito, pero con una condición: que ese texto no se hubiese publicado ni se fuera a publicar en ninguna otra parte. W.E.B. Du Bois, Oscar Handlin, Arnold Hauser, David Caute, Jacques Ellul, Walter Laqueur, William McNeill, Asa Briggs Si tomamos la edición que comprende los años 1950-1970 (publicada en 1975), encontraremos las autobiografías de, entre otros, Peter Geyl, Ernst Gombrich, C. W. Ceram, Joseph Needham, Hugh Thomas y Raymond Williams. Pero se cuentan también aquellos que no han enviado ninguno, o bien porque se negaban a escribirlo, o bien porque preferían conservarlo para un proyecto mayor. Tales fueron los casos, por ejemplo, de Will Durant, Guo Moruo, Christopher Hill, Eric Hobsbawm, Peter Gay, Gerda Lerner, Emmanuel Le Roy Ladurie, Philippe Ariès, Richard Cobb, Robert Darnton, Natalie Zemon Davis, Saul Friedlander, Carlo Ginzburg, Gertrude Himmelfarb, Jacques Le Goff, Lawrence Stone, E.P. Thompson Geoffrey Barraclough e Isaiah Berlin quienes no han dejado ninguna autobiografía publicada, aunque sí hayan ofrecido varias entrevistas que hacen las veces de testimonios orales egodocumentales. Tampoco han enviado ninguna John Plumb ni A.J.P. Taylor si bien éste último publicó sucesivamente entre 1983 y 1984 un libro de memorias (*A Personal History*), y un diario (*An Old Man's Diary*). En suma, contamos allí con todo un caudal de autobiografías cuya investigación podría reconfigurar significativamente lo que, actualmente, entendemos por egohistoria.

La conquista del pronombre perpendicular

Sin embargo, tras todo ello, cabe agregar lo que ha sido el primer experimento colectivo de egohistoria *avant la lettre* en lengua inglesa, publicado en 1970 y titulado *The Historian's Workshop* (traducido al castellano cuatro años después como *El taller del historiador*), obra que reunía dieciséis ensayos autobiográficos de historiadores de Lynn T. White, Carlo Cipolla, J.G.A. Pocock, Robert R. Palmer o George Rudé, entre varios otros. La obra había sido compilada por el historiador londinense Lewis Perry Curtis, Jr., un joven especialista en la historia irlandesa del siglo XIX, hijo de un profesor de historia de la Universidad de Yale y que, junto a Brendan Bradshaw y Patrick Buckland, formaba parte de una oleada de historiadores “revisionistas” de los años 1960 que intentaba aunar la historia profesional con el polemismo político. Se había doctorado en Oxford en 1963 y, un año después de publicar *The Historian's Workshop*, dio a conocer un trabajo muy innovador (pero muy criticado por su metodología) sobre las caricaturas de irlandeses en la era victoriana, *Apes and Angels* que volvió a editarse en 1997¹³. Pero mientras preparaba esa obra, el objetivo de Curtis era otro e igualmente innovador. Su propuesta consistía en que “cada colaborador intente explicar cómo llegó a escribir algunas de sus obras, no sin dejar aquí y allá una que otra clave de cómo y por qué se metió a historiador” (1974, 9). Sin embargo, el principal pedido era que lograsen la “auto-comprensión y el entendimiento de la historia”, pero fue aquí donde Curtis se

encontró con su mayor obstáculo: muy pocos historiadores vieron con beneplácito su idea y de los 52 invitados, sólo aceptaron 15. Es por ello que en la introducción a la obra (que representa un estupendo panorama del estado de la disciplina histórica en el mundo anglo-parlante de los años 1960), se lamenta de que los historiadores sean “un tanto retraídos, si no totalmente misteriosos, acerca de cómo producen sus libros y artículos [...] prefieren, por mucho, escribir sobre los hábitos de trabajo y las suposiciones de otros historiadores, antes que exponer sus propios métodos al ojo del público” (10). Con el fin de vencer cierto “aristocratismo metodológico” (como diría Bourdieu mucho más tarde), Curtis sostenía que “aunque la autobiografía no era el propósito principal, desde el principio me convencí de que la investigación y la escritura histórica no podían ni debían estar completamente separadas de la historia personal del hombre dedicado a este proceso” (13), una autohistoriografía, en suma, que no todos estaban dispuestos a revelar. De allí que también se arroje a citar textualmente algunas de las respuestas de rechazo que recibió, pasajes que componen un cuadro harto revelador: “soy malo para escribir sobre el método porque no tengo ninguno”, “mucho más atractivo resulta ver el futuro y dejar que otros escriban nuestro epitafio”, “si todos los colaboradores aceptaran su petición la profesión histórica quedaría quebrantada hasta los cimientos”, “mi manera de escribir, como mi metabolismo, es algo que no entiendo”, “esta clase de conciencia de sí mismo, tan característica de nuestra época psicoanalítica, me resulta bastante ofensiva [...] espero que a la gente culta le importe un ardite mis meditaciones” (15-16).

En fin. Se podría especular sobre algunas de las razones que llevaron a ver esta empresa con alarma, más allá de la sospechosa sinceridad de las respuestas anteriores. Tomemos sólo dos, en primer lugar, un simple sondeo de la franja etaria de los convidados. Pese a que no podría funcionar como un muestreo preciso, si tomamos las edades que tenían los 16 participantes al publicarse la obra en 1970 (en cuyo grupo se encontraba el propio Curtis), arrojaría un promedio general de 49 años: si exceptuamos a Vivien H. Galbraith quien, por entonces, tenía 81 años, el resto oscila entre los 37 (Lawrence W. Levine) y los 63 años (Lynn T. White). Podríamos decir que la gran mayoría estaba en la mitad de su carrera y, si ese índice no fuera tan remoto y conjetural, que tal habría sido el promedio etario de todos los historiadores convocados por Curtis. Pero debemos contar con los dos extremos posibles: no es lo mismo convocar a un historiador consagrado (que podría ver aquí la oportunidad de un último aliento de visibilidad, en caso de que lo necesitase, o bien rehusarlo por demasiado experimental) que a un joven que acababa de publicar su o sus primeros libros. Este último también tiene aquí un dilema: una ocasión interesante para publicitar su trabajo junto a otros colegas renombrados, pero sin olvidar que todavía tiene un largo camino por recorrer en un territorio académico que nunca ha sido, es, ni será un plácido senderismo. De cualquier modo, quien se encuentra en plena actividad académica, difícilmente encuentre algún sentido en dar a conocer el arcano de su método en una época mucho más competitiva para la disciplina de lo que había sido algunas décadas atrás (aunque, desde ya, mucho menos que la actual). En segundo lugar, no dejaba de ser un factor clave la casa editorial que albergaría este llamamiento. La obra fue publicada por Alfred A. Knopf de Nueva York, una empresa que, si bien en 1965 había sido comprada por Random House, aún conservaba títulos importantes, pero mayormente compuesto por obras de poetas, novelistas y periodistas como Ezra Pound, T.S. Eliot, Albert Camus y varios nombres de segunda línea. Pese a que el historiador Oscar Handlin había publicado sus *Readings in American History* (1960) bajo este sello, también compartía catálogo con los libros de *haute cuisine* de Julia Child (cuyo segundo volumen de su *Mastering the Art of French Cooking* se publicaría el mismo año que el libro de Curtis) a

cuya inagotable diversidad habría que agregar otra. En una entrevista de 1965 que Knopf concedió nada menos que a la revista *Life* a propósito del 50º aniversario de la fundación de su editorial, reveló cuál era el ideario de su política comercial, “la gente debería darse cuenta de que comprar un libro no implica la obligación de leerlo. Los autores quieren ser leídos, claro, pero, ante todo, quieren ser comprados”. Aunque Curtis hubiese abrigado la vana esperanza de que sus decorosos invitados no leyesen semejante confesión, a ninguno de ellos se le habría escapado, seguramente, que no sería una *University Press* la que publicaría sus secretos mejor guardados. Era demasiado.

Hace poco más de una década, James Banner lamentaba en *Being a Historian* (2012) que los historiadores que acudieron a la cita de Curtis “no hayan revelado más sobre ellos mismos” (253, n. 12). En una época narcisista como la nuestra para la cual las autobiografías no son más que un recurso elegante carente de todo asombro (incluyendo el hecho de que los historiadores la practiquen), esta observación, a primera vista, contrasta con la extrañeza que provocó en 1970 *The Historian's Workshop* en las tres reseñas que le dieron publicidad y cuyos autores (William McNeill, Peter Gay y John Hicks), desde luego, no fueron de la partida. No obstante, ninguna de ellas se mostró hostil aunque, con la excepción de Hicks (quien, como apuntamos más arriba, ya conocía estas lides tras publicar su autobiografía dos años antes), sí expusieron sus reservas. Éste último comenzaba diciendo “No soy capaz de prever cuán atractivo podrá ser este libro para el aficionado a la historia corriente, pero lo que sí sé es que le interesará a todos aquellos que hayan intentado escribir historia de forma profesional”. Hicks encontraba fascinante no sólo que los historiadores exhibiesen esa fase exploratoria y errante que “por mucho tiempo pareció insignificante”, sino que “con toda propiedad” utilicen el *perpendicular pronoun*, es decir, la primera persona del singular, pese a que algunos hayan hecho un “uso indebido de la voz pasiva” (1972, 93). El entusiasmo de Hicks era tal que asumía este tipo de confesiones como una forma de combatir el “aburrimiento” de los estudiantes y dejarles una imagen “humana” de sus profesores, exigencia muy parecida a la reclamada por Walter Dorn a los historiadores alemanes cuando reseñaba la obra compilada por Sigfried de 1925. McNeill, por su parte, lo primero que observa es la “autocomplacencia imperante” en todos los autores, algo que “era de esperar ya que los historiadores poco satisfechos consigo mismos, por lo general, no hacen alarde de ello ante sus colegas y alumnos. Además, hay que tener un ego bastante robusto para creer que los detalles de cómo se publicó una obra tienen importancia para los demás” (1971, 371). Pero lo que McNeill ciertamente lamenta es que se esté perdiendo el interés por los temas “realmente importantes”, es decir, la historia política. Y no se equivocaba: buena parte de los autores provenía de tradiciones diversas, pero ninguna de ellas era de las más hegemónicas en ese momento: “los historiadores aquí representados se lanzan en pos de temas diversos –intelectuales, psicológicos, tecnológicos, sociológicos–, conformados por conceptos bastante desconocidos en épocas pasadas” (372). McNeill teme, en suma, que esta alarmante intrusión de fuerzas extrañas en la disciplina extravíe su identidad: el tormento que Ruggiero Romano sufría con la historia económica, McNeill lo padecía con la historia política. Precisamente, estas nuevas vecindades que practicaban los autores que aceptaron la oferta es lo que también explica por qué se han permitido hacerlo lo cual da cuenta de un cambio de época en la historiografía que ya estaba en marcha y que, sin dudas, también afectaría la lógica de las egohistorias en danza. Aunque nada evitó, como ya hemos tenido la ocasión de ver, que, dos años después, McNeill le solicitase un escrito similar Braudel para la revista donde testimoniaba este mismo lamento. Sin embargo, la crítica más perspicaz fue la de Peter Gay quien observaba, “Hubo un tiempo en que los historiadores eran reacios a escribir sobre historiografía [...] a juzgar por las páginas

de nuestras revistas profesionales, este tiempo ha pasado, los historiadores cuentan ahora con un ánimo retrospectivo, analítico y especulativo” (1972, 1403). Si bien consideraba que nada de eso era fatalmente desventajoso, sí lo inquietaba que esta bienvenida “proliferación” de libros y artículos reflexivos no fuese compensada con su calidad y todo ello (como en McNeill, como en Romano), afectase la disciplina. Ante todo, brinda el aplauso, “Curtis ha tenido una idea nueva, que no puedo sino aplaudir” y “dado que las autobiografías de historiadores son raras y, en general, poco reveladoras, el espectáculo de un historiador al natural está destinado a ser sorprendente y la empresa, muy útil”. También reconoce la “incomodidad” de los colaboradores al participar aquí porque “la autobiografía es un arte” y, desde luego, no se espera que un historiador sea un eximio escritor. En suma, estas reseñas denotan, al menos, dos cuestiones: por un lado, una divisoria entre la autobiografía como campo estético de la literatura que no le pertenece al historiador, pero al que puede ingresar con cautela y, por otro, un inquietante sabor a crisis en la disciplina histórica que criaturas extrañas como la de Curtis parecían ensombrecer aún más. Y la conclusión de Peter Gay no deja ninguna duda al respecto: “Curtis abrió la caja de Pandora. Ahora podemos esperar nuevas revelaciones con temor, pero también con real interés” (1405).

UN MUNDO QUE SE REPLIEGA EN SÍ MISMO

Lo que hasta aquí hemos referido es el umbral histórico del “giro autobiográfico” en tres áreas culturales, pero, huelga decirlo, han sido tantos los “giros” del último medio siglo que volver a utilizar ese término podría sonar a pleonasmico. Todo gira con tal rapidez que, cuando regresamos al punto de partida, parece que nada ha cambiado. Sin embargo, tal vez sea ese efecto de repetición el más adecuado para examinar el decoroso y concurrido rebrote de las egohistorias. Por lo pronto, el concepto “giro” será entendido aquí a partir de lo que Francisco Naishtat ha definido como “un cambio drástico y radical de perspectiva que introduce novedad y reorientación, mas no ya en el sentido de un despliegue histórico total y definitivo” (2010, 219). No obstante, su uso depara un cierto riesgo como herramienta heurística puesto que sirve para comprender una coyuntura intelectual que coincide con la que lo produjo. Si bien facilita la intelección de dinámicas transversales y pluripersonales por fuera de la escatología que comprendía el término kantiano “revolución” como dice Naishtat, también desafía las posibilidades de objetivación y favorece una circularidad endogámica que disipa aún más los límites entre el sujeto que conoce y el objeto conocido. Hace diez años, el filósofo Faustino Oncina señalaba a este respecto que la desproporcionada profusión de giros se estaba tornando “una espiral narcisista y autocomplaciente”, profusión que respondería, según indicaba, al vacío que había dejado la “evaporación de los metarrelatos” (2013, 10). Y es cierto, pues los giros habilitan, en las ciencias sociales y humanas, un paradigma similar al que Eric Hobsbawm observó en las vanguardias artísticas: cuadros de emergencia cuya duración es tan breve como su capacidad de impacto, un ritmo que, además, se condice con lo que muchos han identificado últimamente con una nueva aceleración histórica. Aún así, allí podría radicar una de las claves que ha impulsado el fenómeno egohistórico: sustituir esa gran narrativa con la privatización de una memoria cuyo trazo, casi “de contrabando” y en conjunto, dibuje un nuevo relato historiográfico en fragmentos.

Un “rostro humano” para la ciencia histórica

Así pues, por fuera del giro lingüístico (que, en manos de Richard Rorty en 1957, inaugura en filosofía analítica esta “caja de Pandora” como decía Peter Gay, luego extensiva a casi todas las áreas del conocimiento y para las cuales el lenguaje se convierte en el alfa y omega de cualquier variable epistemológica), el primero de ellos remite a la reactivación del individuo en la historiografía implantado por la idea de agencia. Tanto los actores sociales del pasado investigado, como el sujeto-historiador cual fabricante de esa historia, adquieren una fisonomía ontológica y práctica claramente autónoma dentro de la disciplina sin que el apremio de una determinación causal o de una objetividad categórica constrña su diligencia. Esta imagen casi literaria de campo abierto para un agente dispuesto a recibir las oportunidades infinitas que ofrece la voluntad, libera en cierto modo sus acciones y le abre un camino nuevo. De hecho, la creciente legitimidad de un término tan teatral como “actor” permitirá flexibilizar su propia identidad y multiplicarla, haciendo pleno uso de la “persona” o del *self* como “máscara”, algo que ya había advertido Erving Goffman a fines de los años 1950. En este sentido, Jeremy Popkin, acérrimo enemigo del giro lingüístico, sostenía en uno de sus primeros textos sobre la egohistoria que “la historia puede y debe rebatir el empeño de los teóricos de la literatura por anexionar la autobiografía al reino de la ficción” (1999, 748). Pese a ello, en una época líquida de flujo constante, el historiador, cuando se permite tomar una de aquellas máscaras y autobiografiar su vida, por discreta o irrelevante que haya sido, ingresa a un territorio donde intenta decir la verdad con las herramientas retóricas de su lenguaje. No obstante, para sus lectores, la pregunta crucial es bien otra: ¿se podrá confiar en la máscara que ha elegido?

En cualquier caso, tras reconocer que el teatro del mundo es la clave de convergencia para un nuevo pacto con la sociedad, los historiadores profesionales también comienzan a incursionar en las nuevas lógicas de divulgación histórica que factura la cultura de masas y a construir un perfil en los medios masivos que se va tornando cada vez más familiar para el gran público. Cristalizado, como diríamos hoy, en diversas actividades de transferencia o a través de mecanismos que permitan aligerar la carga erudita en una publicación, tal como lo exige el “vampirismo editorial” (así expresado por Marc Fumaroli), el nuevo “rostro humano” del historiador, desde los años 1970, resulta cada vez más convocado y, actualmente, casi exigido como inmediación a un auditorio de no especialistas supuestamente ávido de consumir historia. En una mínima referencia sin firmar publicada en 1971 por la *Revue française de science politique* sobre la flamante aparición de *The Historian's Workshop* de Curtis se entendía que lo importante allí era el modo en que “subraya los vínculos entre la personalidad del historiador y su área de investigación al poner el acento en la dimensión profundamente humana de la ciencia histórica”. Asimismo, esta proximidad se acopla con la teatralidad que debe afinar cualquier historiador que se asuma actor en este nuevo mundo y, paulatinamente, va mudando la naturaleza del oficio como ejercicio profesional y como producto en el mercado. A diferencia de lo que ocurre con el historiador “público” cuyo campo de actividad se extiende a un territorio amplio donde el servicio a los medios de comunicación es sólo uno de los muchos posibles (junto al resguardo de sitios y registros históricos, por ejemplo), el giro que podríamos llamar “mediático” recompone las condiciones de identidad del historiador a partir de una nueva representación social cuya singularidad y notoriedad parecen rayar, por momentos, con la vieja idea de genialidad innata. En ese contexto, que escriba su autobiografía y la publique, fungue casi como un paso natural. El hecho mismo de que, tras varios años de exploración sobre la egohistoria, Jaume Aurell haya derivado de allí

un nuevo campo de investigación vinculado con la idea de “clásico” y de “canon” en la historiografía, nada tiene de fortuito y dice mucho sobre la urgente necesidad de “patrimonializar” obras presuntamente insuperables de historiadores ejemplares cuyo paseo por el mundo, al parecer, ya nunca más volveremos a ver.

Precisamente, esta nueva visibilidad interviene, pero también colisiona, con la emergencia de los estudios sobre la memoria. Ante todo, porque el historiador rivalizará con los testimonios orales que, como genuinas vías al pasado, han recuperado toda su legalidad científica. Frente a ellos, puede operar como portavoz, como hermeneuta o, pese a todas las reservas, como juez, revisionista sobre todo. El espacio público, simultáneamente transitado para la divulgación, se transfigura en arena para esa disputa sobre la memoria (por cuanto es allí donde se pone de relieve), aunque, desde luego, también se vuelva objeto de investigación. La *Historikerstreit* o los *lieux de mémoire* recreados por Pierre Nora, reconfiguran la operación historiográfica y acreditan una nueva dimensión epistemológica otrora desdeñada por el oficio: el valor del testimonio y del patrimonio. Ambos juegan sus cartas y consiguen una merecida respetabilidad a los ojos presentistas de la disciplina. El “giro memorial” negocia, pues, con otras licencias, con otro tipo de verdad, con otras contingencias, experiencias y expectativas, pero también convalida otra situación para conjurar el olvido. El historiador que, de pronto, se ha visto demasiado imbricado con su objeto de investigación, sumido en una práctica científica que debe mercantilizar y con figuras del recuerdo que no necesariamente requerirán de su arbitraje, encontrará en la redacción de su autobiografía una ocasión ceremonial, casi cultural y nostálgica, para compensar esa zona de clivaje que aún no deja de turbarlo. Hay aquí, como ya decía Christopher Lasch en 1979, algo de “sensibilidad terapéutica”, de un ilusorio bienestar que depende de otros, de una “audiencia que lo admire” y, en definitiva, de una imagen especular que no hace más que demostrarle la fragilidad de su “yo” (2023, 24). De allí, en suma, la necesidad de recuperarlo.

Así pues, lejos ya del sujeto barrado lacaniano, de la muerte del autor o de los embarazosos determinismos, la noción de agencia comienza en los años 1980 su efectiva andadura dispuesta a echar el cerrojo a cualquier reduccionismo materialista, por caso marxista, pero con la promesa de abrigarlo bajo un marco social más amplio y maleable. En este sentido, como ha precisado el sociólogo Norman Long, la noción de actor debería entenderse como “la capacidad de procesar la experiencia social y diseñar maneras de lidiar con la vida, aún bajo las formas más extremas de coerción”, siempre y cuando recordemos que todo ocurre bajo “la generación y uso o manipulación de redes de relaciones sociales y la canalización de elementos específicos (como demandas, órdenes, bienes, instrumentos e información) a través de puntos nodales de interpretación e interacción” (2001, 48). En suma, este elogio de la subjetividad en los objetos de análisis trae consigo una proyección análoga sobre la función del historiador, libre para combatir con su pasado y verterlo en un mar de recuerdos. Con todo, conviene insistir en que la historiografía inglesa (no sólo la más tradicional de un J.H. Plumb, por ejemplo, sino también la practicada por los marxistas británicos) nunca había abandonado ni el valor de la experiencia, ni el fetichismo individualista, ni mucho menos el valor pragmático de la historia. Basta sólo volver a recordar a Collingwood cuando en su *Autobiografía* de 1939 confesaba “los problemas históricos surgen de problemas prácticos. Estudiamos la historia con el fin de ver más claramente la situación dentro de la cual debemos actuar” (1974, 116). Cuarenta años más tarde, Karl Joachim Weintraub publica un estudio clásico sobre la autobiografía cuyo título tampoco debería sorprender, *The Value of the Individual. Self and Circumstance in Autobiography*. Es por ello, en definitiva, que el giro subjetivo implica un regreso y no una emergencia. Además, la globalización del “intraducible”

agency (en términos de Barbara Cassin), no sólo surte su efecto como nueva opción epistemológica para la historiografía occidental o como réplica frente al largo dominio de las macroestructuras de una historia social, sino también como una especie de aculturación terminal surgida de principios teóricos que siempre formaron parte de la cultura anglosajona.

Narcisismo narrativo

Así, tanto el giro subjetivo, el giro mediático como el giro memorial contribuyeron a desanclar el oficio de su aspecto tradicional y, a su vez, amortiguarlo frente a la “crisis” que atravesaba la disciplina desde los años 1970 que advertía McNeill, sin reconocerla del todo aún, en su reseña de la obra de Curtis. A su vez, estos tres giros se encuadran en el *zeitgeist* de una cultura narcisista que, tal como lo había previsto Georg Simmel a principios del siglo XX, incitará la disolución de los límites entre lo público y lo privado bajo el peso, ahora, de un presentismo que supondrá, tal como sostiene Traverso en *Pasados singulares*, una notable merma de historicidad. Las egohistorias son, por esta razón, el producto de un “yo presente”, apremiado por la necesidad de reescribir un pasado personal, así como todos los pasados colindantes en los que se vio involucrado, un presentismo particularmente visible en la egohistoria alemana de la segunda posguerra, pero que también comparte la francesa tras la efusión del “pensamiento tibio” que Perry Anderson describió con tanta agudeza: la conversión de los intelectuales del Partido Comunista al liberalismo (que comenzó en 1956, pero se cristalizó como militancia pública entre fines de 1970 y principios de 1980), la complacencia o la tácita tolerancia hacia la ideología de mercado y la progresiva devaluación del pensamiento crítico. Tales posiciones son parte de un “giro neoliberal” inmerso en el aire aún confuso del postmodernismo que revistas como *Le Débat* (cuya tirada comenzó en 1980 y duró hasta 2020 y donde los *Essais d'ego-histoire* fueron ampliamente publicitados) han contribuido a instalar cautelosamente. Tal vez no sea necesario recordar que, junto con Marcel Gauchet, su fundador había sido Pierre Nora quien, además, como especialista en historia contemporánea también participará en la reposición del *événement*, tras el parteaguas social y cultural que provocaron los “acontecimientos” del Mayo francés. Una secuela casi natural en un marco de restauración de lo único e insustituible (y, casi se diría, del azar en la historia) que, como al pasar, vaporiza cualquier ánimo de revolución en la interpretación de hechos: buena parte del favor hacia las continuidades (en desmedro de las rupturas) hará el resto del trabajo. Según Richard Vinen, fue en particular esta “magdalena envenenada” de la historia contemporánea uno de los factores que más contribuyeron a que los historiadores franceses (a partir de los convocados por Nora) cayeran paulatinamente bajo el hechizo de la escritura autobiográfica tal como ya se practicaba en el mundo angloamericano (2011).

Por su parte, Michel de Certeau, tras publicar en 1968, al calor de las barricadas estudiantiles y las huelgas obreras, *La toma de la palabra* (o del “habla” como convendría traducir *parole*, aquella que se tomó, según su ya célebre comparación, al igual que la Bastilla en 1789), también contribuyó, entre tantos otros, a ponderar la captura de esa performatividad para el escenario público de una revolución que sólo juzgó “simbólica”. La redención de lo volitivo tras décadas de sospecha (por parte de *Annales*, del estructuralismo o del marxismo más ortodoxo) estaba preparando un campo lo suficientemente labrado como para que los historiadores no tardasen en perder su timidez y se animasen a hablar sobre sí mismos. Y tras la restitución del actor en la historiografía, casi necesariamente, asalta el “resurgimiento de la narrativa”, bien visible tras el célebre artículo de 1986 escrito por Lawrence Stone. El discurso histórico abandona su vocación panorámica, sincrónica y explicativa para recobrar

los relatos diacrónicos y la densidad microcóspica, ya no sólo de individuos públicos como en el historicismo alemán del siglo XIX, sino, sobre todo, de las figuras anónimas que hablaban “desde abajo” y que la historia social había aglutinado bajo la idea de clase con miras emancipatorias, pero que ahora, con la marea poscolonial en plena marcha, tan sólo serán portadoras de una identidad entre otras tantas posibles. Lo paradójico del caso francés es que los egohistoriadores se vieron obligados, pero acaso también liberados o autorizados, a practicar un tipo de narrativa clásica (nos arriesgaríamos a decir, inclusive, muy inglesa), que buena parte de la corporación no solía frecuentar. La célebre “historia-problema” de la tradición de *Annales* siempre fue, como se sabe, refractaria a este tipo de relato mal llamado “positivista”, pero, desde luego, cronológico y *événemantiel*. Sin embargo, súbitamente, sus historiadores se encontraron redactando un retrato de sí que, por mucho que apelaran a un escurridizo montaje, a la fractura cronológica, o a la recreación proustiana de sus personajes (y de sí mismos, por supuesto), ya no podrían prescindir de una mínima *mise en intrigue* con la cual Paul Ricœur y Paul Veyne agitaron tanto las aguas de la historiografía, precisamente, en estos años.

Tribalización académica y giro biográfico

Esta objetivación de un “sí mismo como otro” por parte del egohistoriador en el devenir de una sociedad que se asume liberal y democrática o, como diría Anthony Giddens, “dialógante”, también responde a una necesidad de subrayar la excepcionalidad de un perfil intelectual situado en un mundo académico que se va tornando cada vez más estandarizado, global y burocratizado. A fin de cuentas, toda autobiografía parte de un principio de “distinción” en sentido bourdesiano. Pero también podría funcionar como una respuesta al fenómeno tribal que los territorios académicos han tomado como modelo. Es innegable que la búsqueda de reconocimiento y recompensa en el ámbito de las disciplinas terminó por confluir, como Tony Becher lo ha mostrado en un estudio ya clásico (2010), en campos extremadamente especializados en torno de los cuales una autoridad epistemológica controla las lógicas de reclutamiento y el uso de fondos y recursos. Si bien este mecanismo académico no es necesariamente nuevo, la fuerte atomización al interior de cada cultura disciplinar –tanto en términos de investigación como de transmisión de saberes– promueve una suerte de confederación donde las investigaciones particulares siempre requieren de un jefe tribal que aglutine los clanes dispersos. En este sentido, lo que podría considerarse un saludable trabajo mancomunado “en equipo” también reproduce investigaciones en serie a una escala de menor cuantía, de sumisión a un centro y alrededor del cual gira lo que Robert K. Merton ha denominado en 1968 el “efecto Mateo”, es decir, cuanto más eminente llega a ser un científico, más visible se hace frente a sus colegas y mayor crédito recibe por sus contribuciones a la investigación (1977). Todo ello, desde luego, hasta que se produce una guerra de secesión interna cuyo desdoblamiento propicia el nacimiento de una nueva tribu. Así pues, más allá de los incontestables beneficios que tiene un mecanismo que democratiza la profesión científica (que, por supuesto, no sólo atañe a los historiadores), la persistencia de un jefe tribal no ha desaparecido. Si el viejo imaginario de investigación se regía por la leyenda de un individuo que hegemonizaba un saber tras un supuesto trabajo en solitario y una obra monumental que habría escrito a mano alzada, el actual sistema científico pondrá la investigación y la publicación de obras colectivas, pero no prescinde menos ni de leyendas, ni de un cabecilla de tropa. Aún así, pese a que sus niveles de visibilidad pueden ser análogos a los de antaño, la autoridad intelectual y académica de este último ya no se funda en un misterioso y aurático ingenio,

sino tras una dura fabricación social en el seno de la comunidad de pares que lo forjó como tal. De allí que la narrativa de una buena autobiografía traccione un contexto asolado de inercias y dificultades para un yo perseverante que quiere dominar, como todo buen agente social, las estructuras que amenazan con hundirlo en el anonimato.

La puesta en equilibrio de este dualismo es el que permitió que el género biográfico reingresara al ruedo historiográfico con nuevas credenciales. En efecto, la rehabilitación de la autobiografía de historiadores precede la re legitimación de la biografía como género permisible en la historiografía, pero, desde ya cabe advertirlo, en suelo francés. Quien ha superado el trauma de aquellos extremos entre *l'homme et l'œuvre*, pero también sintetizado varias tradiciones europeas alrededor de un género tan inglés como la biografía, ha sido la historiadora italiana Sabina Loriga tras acudir a la tradición alemana del historicismo en busca de una fraternidad entre la “X” mayúscula (contexto) y la “x” minúscula (sujeto) que Droysen había teorizado a mediados del siglo XIX. Su admirable obra, cuya primera edición fue francesa y titulada *Le Petit x. De la biographie à l'histoire* (2010) marcó todo un punto de inflexión. Al condensar allí un giro virtuoso de legados en armonía, Loriga cierra, de algún modo, un conflicto para una época cuyo individualismo necesita connotar su duplicidad heroica. Pero también, cabría arriesgar, un efecto de némesis para un Gusdorf que, si bien la autora no utiliza demasiado, sí se cuela por entre sus notas al final de la obra.

En el extremo opuesto a este trabajo, podríamos situar la producción industrial de biografías por parte de François Dosse cuyo *pari biographique*, es decir, “apuesta biográfica” (tal el título original de la obra donde discurre sobre la cuestión), marcha a un ritmo prodigioso que, indudablemente, no se contradice con el exhorto de su envite. Así, a lo largo de casi un cuarto de siglo, Dosse ha biografiado de forma sucesiva a Paul Ricoeur (1997), a Michel de Certeau (2002), a Gilles Deleuze y Félix Guattari bajo la modalidad de una biografía “cruzada” (2007), a Pierre Nora (2011), a Cornelius Castoriadis (2014) y, finalmente, a Pierre Vidal-Naquet (2020). Sin embargo, la factura que Dosse emplea en sus biografías siempre ha sido objeto de suspicacia: junto a un estilo ágil y ligeramente combativo, a la consulta de los archivos disponibles y a una pedagógica interpretación de las obras, añade su habitual y enorme relevamiento de testimonios orales prestados por las figuras que han mantenido algún tipo de vínculo con el biografiado. Este último elemento en particular, sumamente interesante para cualquier biografía y muy atractivo para un público impaciente por descubrir esa puerta secreta que los testigos dejan entreabierta, cuenta con el reparo de su tratamiento: Dosse recupera esas voces como si se tratase de revelaciones compactas cuya verosimilitud no suele discutir, mientras las utiliza como fuentes de información indudable a partir de una concepción de memoria sin fisuras. No es por ello extraño que, tras resultar felizmente elegido en virtud de aquel *pari*, Pierre Nora haya reactivado de inmediato su maquinaria egohistórica cual veloz curador de su propio museo. Tal es así que, el mismo año en que Dosse publicó su biografía, lanzó su *Historien public*, obra que no sería sino la primera de una larga saga de sus *lieux de mémoire* personales y que aún continúa: *Recherches de la France* y *Esquisse d'ego-histoire*, ambas publicadas en 2013, *Jeunesse* en 2021 y *Une étrange obstination* en 2022, todas ellas, por supuesto, bajo el sello editorial de Gallimard del cual forma parte desde 1965.

La profesionalización de la historiografía

Existe otra fuerte dicotomía historiográfica que convive desde fines de los años 1970 y principios de los años 1980 cuyo fuerte impacto no será menor en la anuencia o rechazo

hacia la producción egohistórica. De manera muy esquemática, podríamos decir que la patria del historicismo, Alemania, se vio de pronto acechada por una corriente de presentismo que, a su vez, también encontramos en Francia a lo largo de todo el siglo XX. En una entrevista de 1997 en *Der Spiegel*, Reinhart Koselleck –quien ha dejado varios ensayos autobiográficos que no hemos podido analizar aquí– reconocía que “la cultura de la reflexión se ha vuelto autónoma y también se intuye el fin de la vieja cultura del recuerdo. Un proceso secular y, también, simbólicamente, el final del historicismo” (2011, 145). Pero a diferencia de lo que ocurre en suelo francés o alemán, en Italia, fue el historicismo quien ganó la batalla frente a una larga tradición hegeliana que tuvo a Benedetto Croce como principal héroe. En este sentido, el advenimiento de un giro epistemológico como la microhistoria, como ha señalado David D. Roberts (1995), marca un triunfal regreso historicista que le debe muy poco a los vientos franceses. Pero lo mismo se registra en la historia intelectual de lo político encarnada por la llamada Escuela de Cambridge. Quentin Skinner no deja ninguna duda al respecto cuando dice que “la primera tarea [de la historia intelectual] será tratar de recuperar un contexto muy preciso de presuposiciones y creencias [...] se podría caracterizar esta tarea como arqueo-historicista” (2007, 87), término que toma en préstamo directamente de Robert Hume. De modo inconfundible, también encontraremos una sensibilidad análoga en una corriente literaria sólo colindante con la historiografía como el neohistoricismo, impulsada sobre todo por Stephen Greenblatt en Estados Unidos, pero que ha sabido tener un considerable impacto en la historia cultural.

Esta vuelta a los parámetros historicistas licuó cualquier regreso a los metarrelatos como decía Oncina y emplazó un nuevo tipo de relación entre el sujeto y el objeto que tensionó, pero sin llegar a disipar completamente, la zona fronteriza que antes los separaba. En algún punto, es lo que Carlo Ginzburg defiende cuando hace suya la diferencia del lingüista norteamericano Kenneth Pike entre *emic* (el lenguaje “fonémico” utilizado por los actores en una cultura dada) y *etic* (el lenguaje “fonético” y distante del observador o investigador): “lo que más me interesa de esta distinción es que el investigador, en mi opinión, no debe elegir entre estos dos niveles. Lo importante es precisamente la relación entre ambos” (2003, 28). Al volverse más antropológica, literaria y hermenéutica, esta versión de la disciplina histórica volvió, irremediablemente, a dudar de su científicidad o, al menos, de su capacidad para formalizar un lenguaje científico. Empero, al mismo tiempo, el historiador logró recuperar un idiográfico lugar como creador o hacedor de historias sin la débil protección que, hasta entonces, le había brindado el “noble sueño” de la objetividad. Esta metáfora, que Peter Novick prácticamente universalizó con su obra de 1988, se utilizó, en realidad, por primera vez en 1934 en una comunicación del historiador Theodore Clarke Smith a la *American Historical Association*, lo cual demuestra, una vez más, que el distanciamiento frente al pasado siempre había sido una cuestión litigante e irresuelta en el seno de la historiografía. Sea como fuere, el encomio subjetivo del historiador, inevitablemente, decantó en una nueva puesta en valor de su propia interpretación de los hechos y en un verdadero giro hermenéutico que lo situó casi por encima del objeto pasado que debía reconstruir. Por consiguiente, esa sobredimensión ejecutiva del hacer en detrimento de aquella realidad que debía historizarse, dotó al historiador de la “bella subjetividad” de la que hablaba Michel de Certeau en una carta privada. Nada debería impedir, entonces, que sus memorias y recuerdos descubran tras estos vientos un amplio espacio para emprender el vuelo.

En este sentido, no es casual que la definitiva profesionalización del subcampo de la “historia de la historiografía” se inscriba en esta misma coyuntura, un territorio disciplinar donde aún el viejo ensamblé de *l'homme et l'œuvre* sigue siendo la norma pese al acento

sociológico, político o patrimonial con que se busque renovar sus licencias. Si bien desde principios del siglo XX, varias tradiciones fueron instituyendo un pasado historiográfico para la disciplina (las historias del propio Croce, la de Eduard Fueter, las de Harry E. Barnes, James W. Thompson o James T. Shotwell, todas ellas publicadas entre 1915 y 1942) y pese a que ya contaba con un gigante aislado como Arnaldo Momigliano desde hacía décadas que, además, ya ponderaba la biografía, sólo fue con la creación de la Comisión de Historia de la Historiografía y la revista *Storia della Storiografia* en 1982, ambas impulsadas por el XVº Congreso de Ciencias Históricas de Bucarest, que esta zona de la disciplina será reconocida como un saber autónomo profesional, aunque, aún hoy, no del todo desprovisto de las ambigüedades que ocasionan sus diferentes traducciones. En todo caso, actualmente, la comunidad científica internacional tiende a identificar la historiografía con una “historia de la historia” compuesta tanto por la producción de obras históricas como por sus aspectos más epistemológicos. De todas formas, una vez legitimada la escritura de la historia como tal junto, desde luego, con el historiador que la practica, tan sólo faltaba un paso para que la figura de este último adquiriese un grado de singularidad que ameritase ser objeto autobiográfico, sobre todo, en Francia. En este sentido, la “invención” francesa de la egohistoria no hubiera sido posible sin que antes la disciplina ajustara sus cuentas con la historia de su historia. Aquello mismo que decía Furet cuando reconocía ese legendario desinterés francés. Precisamente, la *histoire de l'historiographie* no contaba allí con una tradición propia. Más allá de la vieja obra de Louis Halphen de 1914, *L'Histoire en France depuis cent ans*, recién en 1964 aparecerá un trabajo con visibles credenciales historiográficas, *L'Histoire*, de Jean Ehrard y Guy Palmade. Si bien se trataba de un manual universitario, lo cierto es que, ante la inopia general, perduró como una pieza solitaria y de valor durante más de una década. Sólo con una obra de sociología de los historiadores, publicada en 1976 por Charles-Olivier Carbonell, *Histoire et historiens. Une mutation idéologique des historiens français, 1865-1885*, junto con su opúsculo en la colección popular “Que-sais-je?” de 1981, se asistirá a una no muy visible renovación que seguirá encontrando serias dificultades de continuidad. Pero tampoco es casual que, por ejemplo, en 1983 se inaugurasen las Charles Homer Haskins Prize Lectures, organizadas por la American Council of Learned Societies de Nueva York en aras de homenajear anualmente a una figura de las Humanidades y para lo cual se le pide expresamente que reflexione y evoque su vida de trabajo (de allí el título genérico para todas ellas, *A Life of Learning*), así como “los motivos, las decisiones fortuitas, las satisfacciones y las insatisfacciones de la vida de aprendizaje”. Por allí han pasado, entre otros, Lawrence Stone, Carl Schorske, Natalie Zemon Davis o Peter Gay quienes en cada discurso han hecho un indudable trabajo egohistórico. En definitiva, las Charles Homer Haskins Prize Lectures también son un producto de aquella temible “caja de Pandora” que Gay temía que se abriera. De hecho, ya no pareció volver a cerrarse cuando él mismo, en 1998, publicó *My German Question. Growing Up in Nazi Berlin* aunque sin convertirla en una estricta egohistoria y así lo expresa claramente: “Esto no es una autobiografía, sino unas memorias focalizadas en los seis años que pasé de niño en el Berlín nazi de 1933 a 1939. Como me propuse algo más que un relato superficial de los ultrajes que presencié y de los insultos que sufrió, reduce la trama principal a capítulos donde defino lo que aporté a esa experiencia y los vestigios que dejaron en mí”.

Bosquejos finales para una periodización

¿Cabe algún tipo de periodización para toda esta producción egohistórica? En principio, si tomásemos como punto de mira la tradición historiográfica angloamericana, diríamos que el llamado “giro autobiográfico” nunca tuvo lugar, salvo que consideremos *El taller del historiador* que dirigió Curtis en 1970 como antecedente relevante de un cambio inmenso. Pero, de analizarlo así, no haríamos más que regresar a la habitual distorsión que provoca el lente francés y de acuerdo con el cual el trabajo de Pierre Nora sería el verdadero y definitivo parteaguas. No cabe duda de que los *Essais d'ego-histoire* abrieron nuevos caminos de legitimidad, pero no sin que antes la historiografía francesa hubiese vuelto su mirada hacia una forma de hacer historia que, paulatinamente, se iba alejando de su propia tradición y tomase elementos que siempre formaron parte de la cultura anglosajona, importación que ya operaba en la renovación de la historiografía sobre la Revolución francesa en vísperas de su centenario de la mano de François Furet. En este sentido, la expansión del fenómeno egohistórico es un producto genuino de la globalización, es decir, de un proceso de aculturación selectiva nominado por la cultura francesa, pero sobre la base de una tradición angloamericana (que no ha sido pionera como la alemana). Allí se encuentra su principal fuente y con precursores desde el siglo XIX y más allá que, si bien dispersos (como cabe esperar de una cultura que hace un culto del individuo), también se muestran sostenidos en el tiempo y llegan hasta nuestros días. Es por ello que, por ejemplo, la gran autobiografía de Eric Hobsbawm, *Años interesantes* (2003), obedece a una larga tradición egohistórica muy propia del mundo del inglés y no, por supuesto, a las permisiones que haya podido generar una moda francesa, país donde, además, la traducción de su *Historia del siglo XX* (1994) se vio retrasada en virtud de su sobrevuelo ideológico, precisamente, por Pierre Nora quien intentó explicar sus razones en *Historien public*. Su autobiografía, publicada en pleno apogeo del giro neoliberal, fue un trabajo de una enorme valentía (aunque, desde luego, al amparo de quien ya era considerado un “tesoro nacional”) que le valió serias críticas por su indeclinable militancia comunista. Como recuerda Richard Evans, Hobsbawm creyó detectar un renacer de la forma de pensar de la Guerra Fría, un “nuevo discurso moral del bien y el mal absolutos” (2021, 761). También *Una línea torcida* (2005), la autobiografía de Geoff Eley, es un típico producto inglés e igualmente afectado como Hobsbawm frente a los cambios que se fueron operando en la historiografía occidental. En suma, la obra de Curtis, pese al relativo asombro con que fue recibida en 1970, se inscribía en un *continuum* cultural. Su verdadera innovación fue aglutinar en una obra colectiva un fenómeno que ya circulaba de forma discontinua y diseminada. Sin embargo, al desafiar las convenciones, también le dio a la egohistoria una nueva identidad que sólo encontraría un nombre específico casi veinte años después con Pierre Nora. Lo que por entonces se creyó un fracaso, fue, en realidad, un triunfo: tal vez no haya sido Nora, sino Curtis quien finalmente haya encontrado la flor azul.

Buenos Aires, 28 de julio de 2024

Bibliografía

- ARIÈS, Philippe (1980). *Un Historien de dimanche*. Avec la collaboration de Michel Winock. Paris: Seuil.
- ARIÈS, Philippe (1993). *Essais de mémoire, 1943-1983*. Paris: Seuil.
- AURELL, Jaume (2016). *Theoretical Perspectives on Historians' Autobiographies. From Documentation to Intervention*. New York: Routledge.
- AURELL, Jaume y Rocio G. DAVIS (2019). "History and Autobiography: The Logics of a Convergence", in *Life Writing*, vol. XVI, nº 4, pp. 503-511.
- BANNER, James M. J. (2012). *Being a Historian. An Introduction to the Professional World of History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- BECKER, Carl (1932). "Everyman His Own Historian", in *The American Historical Review*, vol. XXXVII, nº 2 (enero), pp. 221-236.
- BECHER, Tony (2010). *Tribus y territorios académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas*. Barcelona, Gedisa.
- BELOW, Georg von (1925). "Referate", in *Vierteljahrsschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, vol. XVIII, nºs 3/4, pp. 449-454.
- BERG, Nicolas (2015). *The Holocaust and the West German Historians. Historical Interpretation and Autobiographical Memory*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- BOURDIEU, Pierre (1989). "La ilusión biográfica", in *Historia y Fuente Oral* (Barcelona), nº 2, pp. 27-33.
- BOURDIEU, Pierre (2006). *Autoanálisis de un sociólogo*. Barcelona: Anagrama.
- BRAUDEL, Fernand (1990). *Écrits sur l'histoire II*. Paris: Flammarion, "Champs".
- BRAYARD, Florent (2010). "Les contraintes invisibles. Entretien avec Carlo Ginzburg", in *La Vie des idées* (Paris), edición del 11 de mayo.
- CARR. E.H. (2006). *¿Qué es la historia?* Barcelona: Ariel.
- CARR, Edward H. (2000). "An Autobiography", in Michael COX, ed. *E.H. Carr. A Critical Appraisal*. New York: Palgrave Macmillan, pp. XIII-XXII.
- CHAMBERS, Ephraim (1728). *Cyclopaedia or, An Universal Dictionary of Arts and Sciences, containing an Explanation of the Terms and an account of the several subjects...* Londres: J. and J. Knapton.
- COHEN, Évelyne y Pascale GOETSCHEL (2015). "Entretien avec Roger Chartier", in *Sociétés & représentations* (Paris), nº 40, pp. 289-321.
- COLLINGWOOD, R.G. (1965). *Ensayo sobre el método filosófico*. México: UNAM-Centro de Estudios Filosóficos.
- COLLINGWOOD, R.G. (1974). *Autobiografía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- CREYGHTON, Camille (2019). *Résurrections de Michelet. Politique et historiographie en France depuis 1870*. París: Éditions de l'EHESS.
- CROIX, Alain, Jean JACQUART y François LEBRUN, eds. (1984). *La France d'Ancien Régime. Études réunies en l'honneur de Pierre Goubert (I)*. Paris-Toulouse: Société de Démographie Historique et Editions Privat.
- CURTIS, L.P., Jr. (1974). *El taller del historiador*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DORN, Walter L. (1925). "Minor Notices", in *The American Historical Review*, vol. XXX, nº 4 (julio), pp. 847-874.
- DORN, Walter L. (1927). "Review of Books", in *The American Historical Review*, vol. XXXII, nº 3 (abril), pp. 606-607.
- DOVE, Alfred (1895). "Ranke's Verhältniß zur Biographie", in *Ausgewählte Schriftchen vornehmlich historischen Inhalts*. Leipzig, Duncker & Humblot, 1898, pp. 205-226.
- EAGLETON, Terry (2004). *El portero. Memorias*. Barcelona: Debate.
- EVANS, Richard J. (2009). *Cosmopolitan Islanders. British Historians and the European Continent*. Cambridge: Cambridge University Press.

- EVANS, Richard J. (2021). *Eric Hobsbawm. Una vida en la historia*. Barcelona: Crítica.
- FREIJOMIL, Andres G. (2020). *Arts de braconner. Une histoire matérielle de la lecture chez Michel de Certeau*. Paris: Classiques Garnier.
- FUMAROLI, Marc (1997). “La conversation”, in Pierre NORA, ed. *Les Lieux de mémoire I. Les France*. Paris: Gallimard, “Quarto”, pp. 3617-3675.
- GAY, Peter (1972). “Review of Books”, in *The American Historical Review*, vol. LXXVII, nº 5 (diciembre), pp. 1403-1405.
- GINZBURG, Carlo (2000). *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*. Barcelona: Península.
- GUSDORF, Georges (2002). *Le Crépuscule des illusions. Mémoires intempestifs*. Paris, La Table ronde.
- HALÉVI, Ran (2007). *L'Éxperience du passé. François Furet dans l'atelier de l'histoire*. Paris: Gallimard.
- HUIZINGA-SCHÖLVINCK, Auguste. “Voorwoord”, in Johan HUIZINGA (1947). *Mijn weg tot de historie*. Haarlem: H.D. Tjeenk Willink & Zoon, p. 5.
- IGGERS, Georg G. (1962). “The Image of Ranke in American and German Historical Thought”, in *History and Theory*, vol. II, nº 1, pp. 17-40.
- IRELAND, Richard W. (1986). “Book Review”, in *The Journal of Legal History*, vol. VII, nº 3, pp. 352-353.
- JUDT, Tony (2011). *El refugio de la memoria*. Barcelona: Taurus.
- JUNG, Willi (1986). “Georg Misch's *Geschichte der Autobiographie*”, in *Annali d'Italianistica*, vol. IV, pp. 30-44.
- KLEIN, Milton M. (1985). “Everyman His Own Historian: Carl Becker as Historiographer”, in *The History Teacher*, vol. XIX, nº 1 (noviembre), pp. 101-109.
- KOSELLECK, Reinhart (2011). *Modernidad, culto a la muerte y memoria nacional*. Edición e introducción de Faustino Oncina. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- LACOUE-LABARTHÉ, Isabelle (2023). “Ego historicus. Quand historiens et historiennes se racontent. France, XX^e-XXI^e siècles”, in *Revue d'histoire culturelle*, nº 6, pp. 1-15.
- LASCH, Christopher (2023). *La cultura del narcisismo. La vida en una era de expectativas decrecientes*. Madrid: Capitán Swing.
- LONG, Norman (2007). *Sociología del desarrollo. Una perspectiva centrada en el actor*. México: El Colegio de San Luis.
- MCNEILL, William H. “Book Reviews”, in *The Journal of Modern History*, vol. XLIII, nº 4 (diciembre), pp. 671-672.
- MARCO, Jorge (2023). “La voz del historiador. El ‘yo’ en los relatos historiográficos (1980-2023)”, in *Anuario de la Escuela de Historia* (Rosario), nº 39.
- MEINECKE, Friedrich (1947). *La catástrofe alemana. Comentarios y recuerdos*. Buenos Aires: Nova.
- MERTON, Robert K. (1977). “El efecto Mateo en la ciencia”, in *La sociología de la ciencia II. Investigaciones teóricas y empíricas*. Madrid: Alianza Universidad, pp. 554-578.
- NAISHTAT, Francisco (2010). “Los giros filosóficos y su impronta metafilosófica”, in Óscar NUDLER (ed.). *Filosofía de la filosofía*. Madrid: Trotta, pp. 215-253.
- NORA, Pierre (1987). *Essais d'ego-histoire*. Paris: Gallimard, “Bibliothèque des histoires”.
- NOVALIS (1981). *Himnos a la noche. Enrique de Ofterdingen*. Traducción, introducción y notas de Eustaquio Barjau. Madrid, Editora Nacional.
- NOVICK, Peter (1997). *Ese noble sueño. La objetividad y la historia profesional norteamericana*. México: Instituto Mora.
- ONCINA, Faustino (2012). “Giros narrativos e historias del saber. A modo de introducción”, in Faustino ONCINA y Elena CANTARINO, eds. *Giros narrativos e historias del saber*. Madrid: Plaza y Valdés, pp. 7-23.
- PAYEN, Pascal (2015). “Historiographie”, in Claude Gauvard y Jean-François Sirinelli, eds. *Dictionnaire de l'historien*. Paris: Presses universitaires de France, pp. 375A-377B.

- POPKIN, Jeremy D. (1996). “Ego-Histoire and Beyond: Contemporary French Historian-Autobiographers”, in *French Historical Studies*, vol. XIX, nº 4, pp. 1139-1167.
- POPKIN, Jeremy D. (1999). “Historians on the Autobiographical Frontier”, in *The American Historical Review*, vol. CIV, nº 3 (junio), pp. 725-748.
- POPKIN, Jeremy D. (2001). “Coordinated Lives. Between autobiography and scholarship”, in *Bio-graphy*, vol. XXIV, nº 4, pp. 781-805.
- POPKIN, Jeremy D. (2005). *History, Historians & Autobiography*. Chicago: The Chicago University Press.
- POPKIN, Jeremy D. (2009). “The Origins of modern academic autobiography: Felix Meiner’s *Die Wissenschaft der Gegenwart in Selbstdarstellungen, 1921-1929*”, in *Rethinking History. The Journal of Theory and Practice*, vol. XIII, nº 1, pp. 27-42.
- RANKE, Leopold von (1890). “Dictat vom December 1875”, in *Zur eigenen Lebensgeschichte*. Edición de Alfred Dove. Leipzig: Duncker und Humblot.
- ROBERTS, David D. (2005). *Nothing but History. Reconstruction and Extremity after Metaphysics*. Berkeley: The University of California Press.
- ROLDÁN, Concha (2008). *Entre Casandra y Clío. Una historia de la filosofía de la historia*. Madrid: Akal.
- ROMANO, Ruggiero (1992). “Braudel, nous et les autres”, in *Revue européenne des sciences sociales*, t. XXX, nº 93, pp. 123-137.
- SCHNÄDELBACH, Herbert (1991). *Filosofía en Alemania, 1831-1933*. Madrid: Cátedra.
- TRAVERSO, Enzo (2022). *Pasados singulares. El “yo” en la escritura de la historia*. Madrid: Alianza.
- TROUSSON, Raymond (1981). “Notes de lecture”, in *Dix-Huitième Siècle* (Paris), nº 13, p. 519.
- THUILLIER, Guy (1997). “L’inachèvement en histoire”, in *Bulletin d’histoire de la Sécurité sociale* (Paris), nº 35, pp. 23-29.
- VINEN, Richard (2011). “The Poisoned Madeleine. The Autobiographical Turn in Historical Writing”, in *Journal of Contemporary History*, vol. XLVI, nº 3 (julio), pp. 531-554.
- WORMS, Frédéric (2009). *La Philosophie en France au XX siècle. Moments*. Paris: Gallimard.

Notas

¹ La tesis doctoral de Terry Eagleton, inédita hasta la fecha, fue defendida en la Universidad de Cambridge en 1968. Allí indagaba al poeta, ensayista y reformador social Edward Carpenter (1844-1929) y llevaba por título “Nature et Spirit. A Study of Edward Carpenter in his Intellectual Context”. Recordemos que el título original de las memorias de Eagleton es *The Gatekeeper* y se publicaron en 2001. Para la cita de la frase que reproducimos al inicio del artículo, tomamos como base la edición en castellano (2004, 67), pero modificamos esa traducción en algunos aspectos.

² En realidad, el artículo de Bourdieu junto con su concepción de la autobiografía han merecido una seria actualización en “Sociología y autobiografía”, el capítulo VIII de *El espíritu sociológico* de Bernard Lahire [Buenos Aires: Manantial, 2006, pp. 157-166] y su artículo “De la réflexivité dans la vie quotidienne: journal personnel, autobiographie et autres écritures de soi” [in *Sociologie et sociétés* (Paris), vol. XL, nº 2, otoño de 2008, pp. 165-179].

³ Frédéric Worms (2009) ha periodizado la filosofía francesa del siglo XX a partir de tres términos que define como “momentos” de acuerdo con el tradicional “prestigio de la ruptura” que, según el autor, caracteriza la historia de la filosofía francesa donde los “parricidios” suelen ser más comunes que las “filiaciones”.

⁴ Una obra fundamental para conocer por qué los franceses han sido tan renuentes a la historia de las ideas y también a la historia intelectual es la del belga-canadiense Marc Angenot [*L’Histoire des idées*. Liège: Presses universitaires de Liège, 2014]. La obra con la que Raymond Aron trató de introducir en Francia la filosofía alemana es el *Essai sur la théorie de l’histoire dans l’Allemagne contemporaine. La philosophie critique de l’histoire* [Paris: Vrin, 1938].

⁵ Respecto de esta suerte de querella entre Georges Gusdorf y Michel Foucault, cf. Claude Blanckaert, “L’histoire générale des sciences de l’homme. Principes et périodisation”, in Claude Blanckaert, Laurent Loty, Marc Renneville, Loïc Blondiaux, Nathalie Richard, eds. (1999). *Histoire des sciences de l’homme. Trajectoires, enjeux et questions vives*. Paris: L’Harmattan, pp. 23-60.

⁶ Esta situación marginal aún continúa. En el primer volumen de la enorme *La Vie intellectuelle en France*, (2016) sólo Patrick Cabanel cita como referencia *Les Écritures du moi*, pero en el segundo volumen (que parte de 1930 y hasta nuestros días, no aparece aludido). Lo mismo podría decirse de los aún más recientes dos volúmenes de la obra de François Dosse, *La saga de los intelectuales franceses* (2018) donde Gusdorf es mencionado sólo una vez y en nota junto

⁷ El discurso de aceptación del Premio Balzan de Anthony Grafton puede consultarse en el sitio de la Fondazione Balzan: <https://www.balzan.org/en/prizewinners/anthony-grafton/a-premature-autobiography>

⁸ Ha sido Camille Creyghton (2019) quien ha analizado de la forma más convincente la recepción del *Journal de Michelet* y el affaire en que se vio envuelta esta publicación (pp. 289-295). La reseña de Jacqueline Piatier en *Le Monde* se publicó el 22 de junio de 1957 bajo el título “La Sorbonne ouvre la première le journal de Michelet”.

⁹ Para una historización general, actualizada y con una perspectiva de género de la egohistoria francesa, cf. Lacoue-Labarthe (2023).

¹⁰ Para un estudio general sobre la egohistoria francesa, cf. el artículo pionero de Jeremy D. Popkin (1996).

¹¹ Este VIII volumen de sus obras completas también incluye, junto con esta trilogía, una serie de breves ensayos escritos entre 1901 y 1946 que también tenían carácter autobiográfico. Allí Kessel reúne algunos escritos para su familia sobre su infancia y juventud en Salzwedel y que coincide con un trabajo conmemorativo para el 700º aniversario de aquella ciudad en 1933, otros sobre historiadores del siglo XIX que había conocido en persona y algunas reseñas.

¹² Un fenómeno que, en Gran Bretaña, fue particularmente tardío si lo comparamos con el resto de Europa. Allí, el sistema humboldtiano de investigación y enseñanza tardó en imponerse debido, sobre todo, a que el *college fellow* era quien asumía el control de unos planes de estudio, por lo general, más interesados en instruir moralmente a los estudiantes que a promover la investigación. De todas maneras, tanto para el caso inglés, norteamericano, francés y alemán, la fecha más segura para la puesta en marcha de la profesionalización, por indicial que resulte, sigue siendo la creación de su principal órgano regulador, las revistas científicas. Recordemos su orden de aparición: *Historische Zeitschrift* (1859), *Revue historique* (1875), *English Historical Review* (1886) y *American Historical Review* (1895). El estudio más sistemático sobre la cuestión en Europa es, sin lugar a dudas, el *Atlas of European Historiography. The Making of a Profession, 1800-2005*, editado por Ilaria Porciani y Lutz Raphael [Londres: Palgrave MacMillan, 2010].

¹³ Sobre la recepción de la obra de Curtis en el marco del revisionismo historiográfico inglés de los años 1960, cf. O’Day, Alan. “Home Rule and the Historians”, in D. George Boyce y Alan O’Day, eds. (1996). *The Making of Modern Irish History: Revisionism and the Revisionist Controversy*. London: Routledge, p. 159.